

CAPÍTULO CUARTO

*Ciudad y etnicidad:
configuraciones de la etnicidad negra en la ciudad*

ODILE HOFFMANN (coord.)

OLIVIER BARBARY

ELISABETH CUNIN

En su Constitución de 1991, Colombia se reconoce como pluriétnica y multicultural. En la introducción general se ha visto que esas modificaciones constitucionales se dirigen principalmente a las poblaciones negras rurales (derechos territoriales colectivos), a pesar de que las reivindicaciones identitarias atañen al conjunto de los afrocolombiano/as cuya mayoría reside en ciudades. Desde entonces, y en un nuevo contexto de multiculturalidad reconocida, se vuelve urgente pensar de nuevo la etnicidad negra en la ciudad¹. En este capítulo, queremos observar cómo se combinan las “identidades urbanas”, o cómo se oponen a otras modalidades de afirmación identitaria, especialmente sociorracial y étnica. ¿Cómo contribuyen las pertenencias raciales y étnicas a la construcción de la ciudad? ¿Cómo son producidas esas pertenencias por la ciudad? Expuestas así, estas preguntas se sitúan en la encrucijada de dos preocupaciones más generales: la construcción de la ciudad por parte de sus actores-habitantes, y el lugar de la etnicidad en esta construcción².

Desde los años 1980, las recomposiciones urbanas se aceleran al paso de múltiples factores: crecimiento demográfico, aumento de las migraciones y otras formas de movilidad, nuevas segmentaciones socioespaciales de lo urbano, etc. (caps. primero, segundo y tercero). Al mismo tiempo, gracias a la descentralización y la democratización que establecen las políticas públicas urbanas, se asiste a una revaloración de los actores locales, de sus funciones y sus poderes (cap. sexto). En las regiones con alta población negra (Pacífica y Caribe), también surgen nuevos actores, ahora calificados como “afrocolombianos”. Las innovaciones constitucionales y legislativas de la década de 1990 abren espacios para reinterpretaciones locales de la identificación en el sentido de un nuevo recurso: el registro étnico. Se trata de poderosos incentivos para consolidar la aparición de una “conciencia negra” hasta entonces desconocida en Colombia³. La reflexión sobre las relaciones interétnicas en la ciudad y

1 Como se afirmó en la introducción, la etnicidad indígena en la ciudad no es todavía en Colombia un tema de discusión o de preocupación, ni para las organizaciones indígenas mismas ni para los poderes públicos o las instituciones en general.

2 Una discusión teórica sobre las categorías de pertenencia étnica y racial se puede ver en la sección III del anexo 3.

3 Con algunas excepciones, como los grupos o asociaciones activas desde los años 1940, pero más especialmente desde los años 1970.

en contextos contemporáneos se inició con la Escuela de Chicago hace casi un siglo. Sus promotores encuentran, en la transición del siglo XIX al XX en Chicago, un marco particularmente favorable para este tipo de análisis, relacionados a la vez con el crecimiento urbano que experimentó la ciudad en esa época, con la llegada masiva de población extranjera y con el surgimiento de trabajos universitarios sobre problemáticas sociales (CHAPOULIE, 2001). De esos análisis, tendremos en cuenta su insistencia sobre dos temas: en primer lugar, el del “gueto negro” cuyos fundamentos fueron propuestos por L. WIRTH, y que se convertiría de paso en un concepto tanto heurístico como polémico en el campo de los estudios urbanos; en segundo lugar, la distinción entre identificación étnica e identificación racial, la primera aplicada a los migrantes de origen europeo (italianos, polacos, etc.) y la segunda a las poblaciones negras y asiáticas cuya integración no se resume en un problema cultural sino que también reenvía a una diferencia de rasgos físicos socialmente interpretados (PARK, 1950). Estos planteamientos, que hoy pueden parecer anacrónicos e incluso provocadores, se vuelven no obstante frecuentes en los debates sobre las relaciones entre la identificación étnica y racial, y las transformaciones de la ciudad en sus formas y en sus prácticas. Existen, en efecto –históricamente constituidas y por eso variables según los contextos nacionales, regionales y locales–, estrechas relaciones entre las pertenencias identitarias (modos diferenciados de identificación social y étnica) y las diferenciaciones intra e inter urbanas, de las cuales dan testimonio especialmente algunas estructuras espaciales urbanas: guetos, barrios estigmatizados o reservados, segregación espacial asociada con pertenencias sociorraciales (cap. tercero). Lo confirman también prácticas culturales y de uso del espacio urbano propias de algunos grupos o individuos cualificados por sus pertenencias étnicas o raciales: carnaval, *cabildo*, pero también movilidades residenciales o cotidianas diferenciales (cap. segundo), modos de habitar en las viviendas, etc.

Después de privilegiar durante mucho tiempo una aproximación a través de las estructuras urbanas, los estudios sobre la ciudad tienden ahora a valorar las prácticas –espaciales, culturales, económicas, etc.– de los habitantes en tanto productores de la ciudad. Si las primeras aproximaciones (la ciudad como estructura) ocultaban el rol del habitante, sujeto y actor de su espacio, las segundas (la ciudad como modo y producto de sociabilidad) minimizan

el peso de los procesos estructurales que limitan y condicionan las opciones de los individuos. De hecho, las identidades y las estructuras urbanas están en permanente interacción. La identidad étnica-racial, por su dimensión a la vez colectiva, “pública” (en el sentido en que se da a ver e interpretar) y profundamente individual, se encuentra, con otras⁴, en el corazón de esas interacciones. Esa identidad produce diferenciaciones que pueden cristalizarse en el espacio urbano (búsqueda de un “entre sí” que eventualmente deriva en la conformación de guetos) y es a la vez, al menos en parte, resultado o reacción (atribuciones impuestas, estigmatizaciones o inversión de los estigmas). Recientes trabajos de geografía urbana en Estados Unidos (a veces llamados, en referencia al caso anterior, la Escuela de Los Ángeles, cfr. MONNET, 2001) subrayan la capacidad de los individuos y los colectivos para “reinventar la ciudad” (AGIER, 1999) a partir de prácticas culturales construidas sobre referentes identitarios (hispanos especialmente, con el movimiento de los chicanos en la década de 1940, y los latinos hoy). La recuperación de espacios públicos, la transgresión de los usos o del sentido de los símbolos urbanos, son otras expresiones identitarias que se afianzan en la ciudad y le confieren un nuevo rostro. A cambio, la sociabilidad urbana, que relaciona a los grupos y las personas, ofrece nuevas posibilidades a los actores étnicos –individual o colectivamente– para reconstruir sus identidades frente a los otros (LESTAGE, 2001). Participa así en la recomposición identitaria que afecta al conjunto de la sociedad contemporánea.

Respecto a las poblaciones negras, esta problemática se articula con los debates sobre la discriminación, la lucha contra el racismo y los medios desplegados por los actores mismos para exigir el acceso a la ciudadanía. El análisis de la etnicidad en la ciudad, al enfocar los mecanismos de inclusión o exclusión en diferentes niveles, pone en evidencia la diversidad de prácticas sociales y espaciales de los habitantes, y su capacidad de innovación y acción. Veremos así que los marcadores identitarios territoriales no son los mismos según los contextos urbanos, como también son diferentes las relaciones –de

4 Las diferenciaciones socioeconómicas y las pertenencias de clase pueden ser objeto de análisis similares y, de hecho, se articulan con las categorizaciones étnicas y raciales, por ejemplo en los procesos de segregación urbana (cap. tercero).

tensión, de ignorancia o de buena convivencia— entre los grupos sociales, raciales o étnicos.

Frente a esta variabilidad, hemos tomado el partido de confrontar tres aproximaciones definitivamente diversas, en tres “terrenos” urbanos de tamaño e historia contrastados. El desafío teórico y metodológico no es menor; al menos tiene el mérito de poner en evidencia algunas convergencias, pero también diferencias e incluso contradicciones. Éstas nos permiten, en la última sección, proponer una nueva lectura de las relaciones ciudad-etnicidad en la cual los problemas de escala y de contexto alcanzan una pertinencia muy particular.

La primera aproximación (secc. I) asume la necesidad de un conocimiento estadístico de los procesos identitarios, lo que implica la elaboración y la puesta en marcha de diferentes tipos de encuestas basadas en categorías descriptivas “étnicas” o “raciales” (observación del fenotipo, combinando la autodeclaración y la caracterización externa de los encuestados por parte de los encuestadores) capaces de informar sobre los comportamientos individuales y colectivos⁵¹. Con los datos recogidos en Cali, la reflexión se dirige entonces al análisis y la interpretación sociológica de los determinantes de las inscripciones identitarias declaradas, para poner en evidencia los principales modos de construcción de la “comunidad afrocolombiana” en la ciudad.

Casi podríamos decir que, “al contrario”, un segundo enfoque (secc. II) rechaza toda categorización inicial y colectiva, y busca comprender —a través de situaciones concretas de interacción entre personas que consideran sus apariencias raciales como diferentes (la calificación física del otro remite a prejuicios sociales incorporados)— cómo se negocian las pertenencias socio-raciales en función de los contextos de las interacciones. El análisis, fundado en un trabajo realizado en Cartagena, combina el estudio de las prácticas y las representaciones individuales y colectivas, desembocando en la interrogación sobre las relaciones entre identidad étnica, raza y territorios urbanos.

Por último, la tercera aproximación (secc. III) propone, para la ciudad de Tumaco —más pequeña—, un acercamiento en términos de geografía e historia

5 Estos elementos de método son presentados con detalle en BARBARY (2001: 773 a 790).

política que busca pensar la ciudad como un lugar de permanentes recomposiciones sociales y políticas, donde la dimensión étnico-racial es una y otra vez expuesta, ocultada o manipulada en función de contextos demográficos, políticos y económicos. A través de un tiempo relativamente extenso (desde finales del siglo XIX), las estructuras urbanas y las del medio rural circundante, así como sus representaciones, reflejan expresiones identitarias construidas sobre el registro étnico a la vez que territorial.

Los tres enfoques tienen en común no evadir el debate sobre las relaciones entre etnicidad, raza y pertenencias sociales. Bajo diferentes ángulos para cada situación —cada ciudad—, los autores de este capítulo están de acuerdo en el hecho de que los fenómenos identitarios sólo pueden comprenderse bajo una perspectiva contextual, relacional y situacional (BARTH, 1995; HANNERZ, 1980; MITCHELL, 1987). Las aproximaciones difieren en sus formas de apreciación de los contextos (más individuales o culturales en algunos, más colectivas y políticas en otros) y en los métodos utilizados (cuantitativo/cualitativo, diacrónico/sincrónico), pero son complementarias en la medida en que las tres muestran los procesos de construcción de las categorías identitarias y su pertinencia relativa —en el tiempo y en el espacio— tanto a los ojos de los sujetos-actores mismos como a los de los analistas, observadores e investigadores que también participan en esos procesos de construcción.

Las tres ciudades estudiadas están asociadas con representaciones muy diferentes en el imaginario colectivo nacional: Cartagena, ciudad mestiza por excelencia; Cali, que se reivindica desde hace poco “Capital del Pacífico”, aunque haya sido construida por una elite empresarial blanca (industria y agroindustria); Tumaco, ciudad negra de la costa sur del Pacífico, en los confines del país, en la frontera con el Ecuador (mapa 0.1). Las dos primeras son metrópolis y ocupan respectivamente, en el plano demográfico, el sexto y el segundo rangos nacionales (840.000 habitantes en Cartagena; 2.210.000 en Cali según la ENH 2001), mientras Tumaco no puede aspirar, con 76.000 habitantes (proyección DANE 2000), más que al título de polo regional sin envergadura nacional.

Cali y Cartagena forman parte de las 14 primeras ciudades del país, y por eso se dispone de resultados en una reciente encuesta, la ENH 2001, citada arriba, sobre la autodeclaración del “color de la piel” establecida con referencia

a un juego de cuatro fotografías numeradas y presentadas a las personas interrogadas, que asociaremos en nuestro texto a “negros”, “mulatos”, “mestizos” y “blancos”, aunque estas denominaciones no figuran en el cuestionario del DANE. Cartagena aparece como una ciudad cuyos habitantes se declaran, en su gran mayoría, negros y mulatos (50%), mestizos (41%), con una minoría blanca (9%); mientras que en Cali, las poblaciones que se declaran a sí mismas negras/mulatas por una parte y blancas por otra, representan cada una alrededor de un cuarto del total, la otra mitad se declara mestiza. Estas dos ciudades presentan las más altas proporciones de población urbana que se declara a sí misma como “negra o mulata” a nivel nacional⁶, mientras que en Tumaco, no cubierta por la encuesta, podríamos atenernos a una auto-declaración claramente superior. Estos resultados corresponden bastante bien a las representaciones colectivas asociadas con esas ciudades en términos de composición étnico-racial.

Con todo, el asunto no es tan evidente. Al introducir una pregunta étnica en el Censo de 1993⁷, el DANE no obtuvo más que pobres resultados: Colombia no contaría, en el conjunto de su territorio, más que con un 1,6% de población que se declara indígena y un 1,5% de miembros de una comunidad negra. De hecho, las categorías étnicas propuestas en esta pregunta no encontraron una adhesión importante más que en la región del Pacífico, en la Amazonia y en las islas caribes de San Andrés y Providencia. En la región Pacífica⁸ en particular, corazón histórico del poblamiento negro y objeto principal de la Ley 70, se registra una tasa de respuesta positiva muy elevada (44%) en relación con el promedio nacional, marcado por fuertes variaciones regionales y locales. En otro trabajo (BARBARY, 2001: 799 a 803), se han analizado estos datos por medio de regresiones logísticas y se han interpretado esas variacio-

6 Los promedios para las 14 ciudades son los siguientes: auto-declaración en la categoría 1 (negros): 2,4%; en la categoría 2 (mulatos): 15,5%; en la categoría 3 (mestizos): 51,5%; en la categoría 4 (blancos): 30,2%. En las categorías “no sé” y “sin respuesta”: 0,4%.

7 Esta pregunta era: “¿Pertenece usted a una etnia, grupo indígena o comunidad negra? ¿Cuál?”

8 Concebida aquí como el conjunto de municipios de la Costa Pacífica de los departamentos del Valle del Cauca, Cauca y Nariño, y la totalidad de los municipios del Chocó.

nes como resultantes del contexto político del momento: en 1993, las tasas de declaración de pertenencia a las “comunidades negras” eran mucho más elevadas en las regiones donde la movilización política alrededor de la Ley 70 había sido más fuerte (Chocó). La hipótesis que proponemos es la siguiente: un “modelo étnico”, instrumentalizado y ampliamente difundido entre las poblaciones del Pacífico, habría ejercido una influencia positiva sobre las tasas de respuesta afirmativa a la pregunta del censo. Las poblaciones más directamente comprometidas por el nuevo dispositivo jurídico habrían adoptado un modelo de afirmación de una identidad neo-étnica que –en cierta forma– la Constitución exige de ellas.

Ahora bien, ese “modelo”, que supone la asociación entre una identidad “negra” etnicizada, un territorio (en tanto que lugar de residencia y en tanto que recurso) y un posicionamiento político (constituirse en interlocutor del Estado) no se aplica, *a priori*, en la ciudad. En las páginas siguientes trataremos de comprender los modos alternativos de identificación y afirmación étnico-racial en varios contextos urbanos.

I. CALI: IDENTIDAD SOCIORACIAL Y PERCEPCIÓN DE LA DISCRIMINACIÓN

¿Cuáles son los modos de afirmación identitaria en Cali?⁹ ¿Cómo se constituyen lógicas y dinámicas sociales y económicas contemporáneas en la ciudad? Trataremos de responder estas dos preguntas principales en dos etapas: en la primera, formulando el modelo de construcción de una “identidad negra” en Cali y precisando el papel del fenotipo en esa construcción; en la segunda, examinando las relaciones entre esos modos de identificación y la percepción de la discriminación tal y como es padecida y relatada por los actores respectivos. De hecho, estas dos aproximaciones están imbricadas puesto que, como trataremos de mostrarlo, la afirmación de una identidad “negra” se construye sobre una dialéctica entre diferenciación racial y social, en la cual la percepción de los problemas de segregación y de discriminación juega un

9 Una descripción de las principales características del poblamiento de Cali ha sido presentada en el capítulo tercero.

papel importante. También allí, la argumentación descansa sobre el análisis por regresiones logísticas de variaciones en la auto-declaración del color de la piel y los niveles de percepción de las discriminaciones raciales de acuerdo con las características de los individuos y los contextos sociales y espaciales en que viven. Las relaciones entre esas respuestas y sus determinantes demográficos, socioeconómicos, geográficos e históricos son complejas, y la interpretación de los resultados sólo es posible en forma global y sistémica, apelando a un conocimiento fino de los contextos locales adquirido gracias a los datos sociológicos y antropológicos acumulados por otros miembros del equipo CIDSE/IRD (AGIER y HOFFMANN, 1999; AGUDELO, 1999; AGUDELO, HOFFMANN y RIVAS, 1999; AGUDELO, HURTADO y RIVAS, 2000; URREA y ORTIZ, 1999; URREA, ARBOLEDA y ARIAS, 2000; HURTADO, 1999; VANIN, 1999).

Gracias a la encuesta realizada en Cali en 1998 (Anexo 2), disponemos de un *corpus* de respuestas a preguntas de autopercepción fenotípica y de percepción de discriminaciones que podemos relacionar, en los modelos logísticos —por una parte— con las características sociodemográficas individuales y —por otra parte— con los descriptores del contexto en el cual son enunciadas (zona de residencia, estatus migratorio, etc.). Este segundo grupo de variables permite acceder a los contextos regionales y locales, y a sus dinámicas políticas y culturales, de las cuales se puede pensar —a semejanza de lo que se observa en el caso de la cuestión étnica del censo en la Región Pacífica— que ejercen una influencia importante sobre las respuestas. Finalmente, también disponemos de otras variables potencialmente determinantes: el fenotipo de los individuos observado por el encuestador y las características mismas del encuestador (sexo y fenotipo).

A. UN MODELO DE CONSTRUCCIÓN DE “IDENTIDADES SOCIORACIALES” EN CALI

A partir de esos datos, nos interesamos en el conjunto de las personas de la muestra que tuvieran un fenotipo negro o mulato (observación del encuestador), con 18 años y más (1.256 individuos); todos respondieron la pregunta: “¿Cuál es el color de su piel?”, y entre ellos, 42% declararon tener la piel negra. Para explicar la variabilidad en las respuestas, hay que tener en cuenta cuatro

factores principales en orden de importancia: el fenotipo, la edad, la categoría socioprofesional y la condición de migración de los encuestados (tabla 4.1).

TABLA 4.1
EFECTOS SIGNIFICATIVOS SOBRE LAS RESPUESTAS A LA PREGUNTA ¿CUÁL ES SU COLOR DE PIEL?
(MODELO LOGÍSTICO SOBRE 1.256 RESPUESTAS) (CALI, 1998)¹⁰

Categorías significativas con probabilidad de: *** 99%; ** 95%, * 90%	Valor estimado parámetro	Frecuencia marginal estimada %	Frecuencia marginal observada %
<i>Categorías de referencia</i>			
Constante	-0.61	35	42
Negro (+)***		61	57
<i>Mulato</i>	1.04	16	12
18-30 años (-)**	-1.04	30	38
<i>Más de 50 años</i>		39	43
Otros asalariados servicios (-) *	-0.23	26	38
Maestro y obreros manufacturera (+)**	0.18	51	55
Desempleados (-)*		26	34
<i>Inactivos</i>	-0.45	27	33
Nacidos Cali y originarios Pacífico Cauca-Patía (+)**	0.63	72	73
Nacidos Cali y originarios Norte del Cauca (-) *	-0.46	24	36
Nacidos Cali y originarios Interior Valle, Cauca, Nariño (-)***	-0.37	20	19
Migrantes resto de Colombia (-)**		22	21
<i>Nacidos Cali y originarios resto de Colombia</i>	1.55	24	19

Fuente: Encuesta CIDSE/IRD de 1998, modelo logístico de O. BARBARY y H. F. RAMÍREZ con el procedimiento Catmod de Sas.

10 El modelo resumido en la Tabla, restringido a cuatro factores principales, es el que suministra los mejores resultados, tanto para prever las respuestas individuales (74% de exactitud) como para estimar las diferentes categorías de población. Otros modelos menos eficientes muestran que el sexo tiene, como lo veremos, un efecto significativo. Ninguna otra variable supera el umbral de significación del 90%. En la tabla sólo figuran las modalidades que tienen un efecto sobre la respuesta significativa para el umbral de confianza de 90% o más. Un ejemplo de lectura de resultados: en el umbral de confianza del 95% –todas las cosas iguales por otro lado (es decir, el fenotipo, la edad y la condición de migración)– los obreros y obreras calificado/as de la industria tienen una probabilidad de declararse con color de piel negra en promedio dos veces superior a los inactivos e inactivas. En efecto, el cociente de respuestas estimadas por el modelo vale: $51/27 \approx 1,9$.

La zona de residencia es determinante solamente cuando no se hace intervenir el fenotipo, lo que muestra una fuerte relación entre las dos variables y nos remite a la “especialización sociorracial” del espacio residencial en Cali, ya estudiada (cap. tercero de este libro y BARBARY et ál., 1999: 37 a 41 y 71 a 76; BARBARY, 2001: 781 a 783; BARBARY, RAMÍREZ y URREA, 1999). El primer resultado notable es la ausencia de efectos importantes del sexo del encuestado y de las características del encuestador. En el conjunto de la muestra, existe un ligero efecto del sexo de los encuestados (significativo con probabilidad del 90%) –teniendo las mujeres una probabilidad de declarar un color de piel negra superior en un 20% aproximadamente, frente a los hombres; pero no hay efecto sistemático de las características del encuestador: estas influyen de maneras distintas según las poblaciones consideradas¹¹. Por lo tanto, la relación encuestador/encuestado no reviste la importancia que se podía temer y que con frecuencia le atribuyen los antropólogos en sus críticas a este tipo de enfoque, enfatizando en el “juego de roles goffmaniano” entre ellos. Si bien el modelo aporta algunos índices para sostener la existencia de tal juego, evidencia sobre todo las limitaciones de sus consecuencias estadísticas. Eso demuestra que el efecto micro de la relación encuestador/encuestado no es unívoco ni su resultado previsible a nivel individual, sino más bien estadísticamente, dentro de un contexto societal mayor donde opera un orden clasificatorio racial implícito y no institucionalizado, pero que todos los individuos, en un menor o mayor grado dependiendo de muchos factores, practican cotidianamente. En la sociedad caleña, los *habitus sociales* de los diferentes grupos o clases tienen, en una gran medida, una matriz común de clasificación fenotípica de los cuerpos¹².

Cuando se analiza la determinación de las respuestas por las características individuales, es el efecto del fenotipo el que predomina ampliamente,

11 Así, entre la población negra, los encuestadores (hombres) afrocolombianos obtuvieron una declaración de color de piel negra superior al promedio (68 vs. 57%), mientras que en la población mulata, son las encuestadoras afrocolombianas quienes obtienen esta sobre-declaración (18 vs. 12%); al contrario, las encuestadoras no-afrocolombianas registran una sub-declaración del fenotipo negro (7 vs. 12%).

12 Cabe precisar que todos los encuestadores residían en Cali desde muchos años.

explicando entre 5 y 30 veces más variabilidad que los otros tres caracteres. Así, siendo iguales los demás factores, las personas de fenotipo negro tienen una probabilidad de declarar un color de piel negra aproximadamente cuatro veces superior a las personas de fenotipo mulato. Sin embargo, este modelo conduce también a rechazar la hipótesis de independencia entre las variables; hay que interesarse, en particular, en las interacciones entre el fenotipo, el origen migratorio, la categoría profesional y la zona de residencia¹³.

En cuanto a los efectos del origen geográfico y de la edad, los resultados conducen a conclusiones opuestas a las que obtuvimos con el modelo de afirmación étnica en la región del Pacífico (BARBARY, 2001: 799 a 802). En Cali, la única región de origen que favorece de manera significativa la afirmación de un color de piel negra es la Costa Pacífica del Cauca. Más aun, el coeficiente significativo no es el que corresponde a los inmigrantes nacidos en la región, sino el de sus descendientes nacidos en Cali (probabilidad dos veces superior al promedio). Contrariamente a lo que se esperaba con la afirmación masiva en el censo, de pertenencia a la comunidad negra por parte de los habitantes del Chocó, las personas oriundas de este departamento encuestadas en Cali no declaran más un color de piel negra, en condiciones de fenotipo, profesión y edad iguales, que las personas de otros orígenes. El efecto de la edad también es inverso a lo que se observaba con los datos del censo en el Pacífico: en Cali, son los jóvenes entre 18 y 30 años quienes afirman ligeramente menos un fenotipo negro que las personas mayores. Y finalmente, las categorías socio-profesionales no juegan, en la afirmación del fenotipo en Cali, el rol determinante que ejercen sobre la afirmación de la pertenencia a la comunidad negra en la región del Pacífico. Sólo los obreros calificados de la industria tienden a declarar con mayor frecuencia un color de piel negra (probabilidad 1,8 veces superior a la de la población inactiva).

De lo anterior se puede concluir que la autoafirmación fenotípica de las poblaciones afrocolombianas en Cali funciona de una manera radicalmente

13 Siendo el tamaño de muestra insuficiente para construir un modelo completo de todas estas interacciones, nos hemos limitado a los tres modelos saturados con dos variables: efectos principales e interacciones, cruzando el fenotipo con las tres otras variables. Los coeficientes, demasiado numerosos, no se reproducen aquí.

diferente de la pertenencia étnica en el Pacífico. Sus variaciones no siguen un principio estructurante único, contrariamente al papel que desempeñan en la afirmación étnica las dinámicas sociopolíticas en el Pacífico, causas o consecuencias de la Ley 70. En la ciudad, la construcción de la identidad “negra” aparece a la vez más compleja y endógena en su elaboración, ante todo en estrecha relación con las categorías raciales de uso común (que fueron utilizadas por los encuestadores), las divisiones y las fronteras que ellas suponen, así como los estigmas, o en forma opuesta, con las connotaciones positivas que ellas conllevan en diferentes contextos. Es necesario primero anotar que la fuerte coherencia estadística entre autopercepción del color de piel y caracterización externa del fenotipo no se puede explicar sino por la existencia de un cierto consenso entre diversos tipos de usos de esas categorías “raciales” –ambiguos, es cierto, pero “neutrales” en muchos contextos de la cotidianidad. Como evidencia, y a pesar de su uso más general estigmatizante, la denominación “negro/a” en Cali, como probablemente en los otros contextos urbanos colombianos, no conlleva siempre y en todas partes subentendidos racistas explícitos; en algunas situaciones su empleo corresponde a maneras intimistas que no tienen carácter despectivo. Pero es igualmente claro que el color de piel y, más ampliamente, la percepción del fenotipo, se colocan en una especie de interacción simbiótica con otras características, tales como el origen migratorio, la edad, la categoría socio-ocupacional, el lugar de residencia o el sexo, para producir y determinar la construcción social de la alteridad y sus consecuencias en términos de segmentación, si no segregación, de los espacios y de los mercados urbanos (cap. tercero). La “raza”, en el sentido que nosotros le damos de categoría fenotípica, percibida e interpretada, eventualmente de modo racista, en las interacciones sociales, es entonces uno de los ingredientes de la “fábrica de las lógicas sociales”, al igual que otras categorías de percepción demográficas (los jóvenes, los viejos, las mujeres), sociales (los obreros, los patrones, la(o)s empleada(o)s doméstica(o)s, los desempleados) o económicas (los pobres, los ricos). Desde esta perspectiva, más que una hipotética transferencia de una identidad étnico-territorial, adquirida a través de la región de origen, el proceso de construcción de la identidad “negra” urbana nos parece que corresponde ante todo a la necesidad de enfrentar, en tanto que ciudadanos(as) sometidos a diferentes tipos de discriminación –o

que perciben dicho riesgo—, las desigualdades de acceso a los mercados de trabajo, la educación, el sistema de salud, el consumo, etc., en suma, a una reivindicación por la igualdad de oportunidades. Para desarrollar más esta hipótesis vamos ahora a retomar el análisis de las respuestas sobre las opiniones en torno a la discriminación.

B. LA PERCEPCIÓN DE LAS DISCRIMINACIONES SOCIORRACIALES EN CALI

Los comentarios que siguen se apoyan en los resultados de regresiones logísticas aplicadas a las preguntas sobre la existencia de discriminaciones raciales en diferentes contextos en Cali y en las declaraciones de experiencias personales de discriminación de parte de los encuestados¹⁴.

Los resultados tienen calidades de predicción inferiores al del modelo de afirmación del color de piel, pero siguen siendo significativos e interesantes¹⁵. Si bien las opiniones sobre discriminación racial están en su conjunto, un poco menos ligadas a los factores sociodemográficos que la afirmación del fenotipo, hay sin embargo una muy fuerte coherencia en los esquemas de determinación de los dos tipos de respuestas; veamos al respecto cuatro ejemplos.

La regresión confirma lo que muestran las frecuencias de la tabla 2: la declaración de una experiencia personal de discriminación, como la autopercepción del color de piel, está ante todo ligada al fenotipo.

En el conjunto de la muestra, las personas caracterizadas “negras” por los encuestadores tienen, siendo iguales los demás factores y de modo extremadamente significativo, una probabilidad muy superior de declarar una experiencia de discriminación (32 vs 20% en promedio). Entre las poblaciones negra y mulata,

14 Esta vez el análisis aplica al conjunto de los individuos de la muestra que contestaron las preguntas del módulo P de la encuesta (anexo 2), cualquiera sea el fenotipo. Son 1.880 ó 1.865 personas según las preguntas, cuyas respuestas se reportan en la tabla 2. Los resultados de las diferentes regresiones logísticas, demasiado voluminosos, no se reproducen aquí.

15 Se ubican entre 55% de respuestas correctamente previstas para la discriminación en los hospitales y centros de salud y 62 % para la discriminación en los transportes y en el barrio. El último modelo explica mejor la declaración de una experiencia personal de discriminación (70% de previsiones exactas).

TABLA 4.2
RESPUESTAS AFIRMATIVAS A LAS PREGUNTAS DE OPINIÓN SOBRE LA DISCRIMINACIÓN,
SEGÚN LA CARACTERIZACIÓN FENOTÍPICA Y EL SEXO DE LOS ENCUESTADOS
(DIFERENCIAS SIGNIFICATIVAS OBSERVADAS)

1. Respuestas a las preguntas sobre la discriminación de los negros en diferentes contextos										
Caracterización hecha por el encuestador	Discriminación hacia los negros									
	Hogares afrocolombianos		Hogares de control		Total					
Contexto	Valores (1)	% (2)	Valores	%	Valores	%				
En los hospitales y centros de salud	1.504	32*	376	27°	1.880	31,0				
En la escuela o en el colegio	1.504	34	376	32	1.880	33,6				
En el transporte público	1.504	39**	376	32°°	1.880	37,6				
En los trámites administrativos	1.504	31*	376	26°	1.880	30,0				
En el trabajo	1.504	57**	376	41°°	1.880	53,8				
Por la policía	1.504	54*	376	50°	1.880	53,2				
En el barrio	1.504	19	376	18	1.880	18,8				

2. Respuestas afirmativas a la pregunta: ¿Usted mismo ha sido víctima de discriminación en su trabajo o en otras situaciones?										
Caracterización hecha por el encuestador	Negro		Mulato		Mestizo		Blanco		Total	
	Valores	% (2)	Valores	%	Valores	%	Valores	%	Valores	%
Hombres	356	30 ⁺⁺	180	14	104	5 ^{<<--}	148	10	788	12 ^{<<}
Mujeres	470	33 ⁺⁺	251	17	154	16 ^{>>}	202	11 ⁻	1.077	16 ^{>>}
Total	826	32 ⁺⁺	431	15	258	11 ⁻	350	10 ⁻	1.865	14

(1) Los valores corresponden al número de personas que respondieron la pregunta. Debido al reducido número de casos, las categorías “indígenas” y “otros” fueron excluidas de las tablas.

(2) Las frecuencias corresponden a las respuestas afirmativas, estimadas a partir de la muestra sobre el conjunto de la población de 18 años y más; los datos han sido ponderados por los factores de extrapolación del muestreo. La prueba de significatividad asociada al diseño muestral, se basa sobre los intervalos de confianza a los niveles de 95 y 99%, con las siguientes anotaciones:

a) >, >> y <, <<: Diferencias positivas (>, >>) y negativas (<, <<) entre sexos, significativas con probabilidades del 95% (>, <) y 99% (>>, <<)

b) +, ++ y -, --: Diferencias positivas (+, ++) y negativas (-, --) para la categoría fenotípica, en relación al promedio de la muestra.

c) •, •• y °, °°: Diferencias positivas (•, ••) y negativas (°, °°) para el tipo de hogar, en relación al promedio de la muestra.

Fuente: Encuesta CIDSE/IRD, junio de 1998.

la diferencia de probabilidad es casi del doble: 32 vs 17%¹⁶. Por supuesto, hay que distinguir la declaración de la ocurrencia real y se puede así objetar que la calificación discriminatoria de tal o cual episodio es un asunto de percepción personal. Sin embargo, no hay duda que esta relación entre el fenotipo observado por los encuestadores y la ocurrencia de episodios discriminatorios prueba que existe en Cali, como ocurre en muchas otras partes, un substrato racista afectando una serie de contextos de la vida social.

Según la opinión de los encuestados, después del color de piel, el origen migratorio es el primer determinante “sociodemográfico” de la discriminación en casi todos los contextos (con excepción de los hospitales y centros de salud y en el barrio). Se observan en efecto diversas asociaciones estadísticas, las cuales varían según los contextos de la relación social (escuela, trabajo, transporte, etc.), entre la percepción de la discriminación y el origen geográfico de los encuestados o de sus padres. En síntesis, una especie de gradiente de exposición al racismo se dibuja: parte de un nivel mínimo para los migrantes de la Costa Pacífica del Cauca (en casi todos los contextos) y del Norte del Cauca y sus descendientes nacidos en Cali (contextos de trabajo, policía), luego se acentúa con los migrantes del Chocó (contexto de trato en la administración pública y privada) y del interior del Valle, Cauca y Nariño (contexto de transporte) y los nativos de Cali originarios de la Costa Pacífica de Nariño (contexto escolar), para llegar a su máximo nivel en los migrantes de Buenaventura y sus descendientes nacidos en Cali (contextos de transporte, trabajo, policía, sistema escolar). Este gradiente corresponde, por una parte, a dispositivos regionales complejos y diferenciados en términos de procesos históricos sociorraciales y sus dinámicas locales, y por otra, como veremos más adelante, a condiciones particulares de inserción de estas diferentes poblaciones en Cali.

Los otros factores determinantes de las opiniones respecto a la existencia de racismo también varían según los contextos donde se produce. La población de los barrios residenciales del sur (clases media y alta) es más sensible a las discriminaciones en el sistema escolar, en los procedimientos administrativos

16 Nuevamente, las características de los encuestadores (sexo y fenotipo) no influyen significativamente en ninguna de las respuestas.

y los transportes (las probabilidades aumentan de 15 a 30%); al contrario, los habitantes de las áreas pobres de la periferia occidental denuncian mucho menos esas discriminaciones (la probabilidad se reduce de aproximadamente 15%). Sin que cause sorpresa, las discriminaciones por parte de la policía golpean sobre todo a los jóvenes (entre 18-30 años) y las categorías profesionales expuestas a controles policíacos (comerciantes ambulantes y de plazas de mercado, trabajadores del transporte). La misma lógica de exposición explica las variaciones de percepción en los transportes: frecuencias más elevadas para las categorías móviles (asalariados de los servicios, obreros manufactureros) que en el caso de los inactivos o las empleadas domésticas. El caso de la percepción del racismo en el barrio es particular, primero porque su nivel promedio es bajo (solamente 19% de respuestas afirmativas), segundo porque sus variaciones según el fenotipo son a la inversa del esquema observado en los otros contextos (las personas caracterizadas negras las perciben ligeramente menos que las personas blancas), y tercero, sobre todo porque aparece claramente la colusión entre estigmatización social y racial. En efecto, tanto para el conjunto de la población como para la población negra y mulata, las frecuencias de percepción aumentan fuertemente entre los desempleados (35%) y los estatus socio-profesionales menos estables (trabajadores no calificados de tipo artesanal, de la construcción y del transporte: 31%), mientras que son particularmente débiles para los patronos artesanales y los obreros calificados manufactureros (15%). Así, a pesar de la referencia explícita a la discriminación de la gente negra, las discriminaciones percibidas en el barrio parecen más relacionadas con la exclusión de las categorías sociales marginales que con manifestaciones propiamente racistas. Nos confrontamos de nuevo aquí ante el fenómeno de la inequidad “sociorracial”, sobre el cual volveremos para interpretar estos resultados.

La percepción de los problemas de discriminación encontrados en el medio escolar se inscribe en una problemática que es indispensable recordar. El profundo atraso y pérdida de calidad del sistema educativo en la primaria y secundaria colombianas, principalmente debido al desplome de la enseñanza pública por causa de las políticas del Estado que favorecen al sector privado con desinterés por la educación pública, al igual que los altos costos de la educación privada (la que puede llegar a ser de aceptable calidad para los estratos

socioeconómicos medios y altos o de pésimo rendimiento en los estratos bajos), en la coyuntura de recesión actual (particularmente crítica en Cali), constituye uno de los principales frenos a la reducción de la inequidad social. De modo progresivo, la carga financiera para los hogares de cualquier estrategia de acceso a un capital escolar valorizable en el mercado de trabajo, termina siendo insoportable para el conjunto de las clases populares y la mayor parte de las clases medias de la ciudad. Esto se convierte en el factor principal de una exclusión económica masiva por el desempleo o el subempleo, conllevando una involución considerable en la historia social de la ciudad (URREA, ORTIZ, 1999; URREA, RAMÍREZ, 2000). En este contexto, la existencia de discriminaciones hacia la población afrocolombiana en la escuela o colegio es denunciada por una tercera parte de los encuestados, sin diferencia significativa de percepción entre la población afrocolombiana considerada en su conjunto y el resto de la población. Además, la regresión logística pone en evidencia tres factores de variaciones importantes.

En primer lugar, al igual que los otros tipos de discriminación, la percepción de las discriminaciones escolares aumenta significativamente en las personas que declaran un color de piel negro y en las personas que han reportado una experiencia personal de discriminación. El análisis de las respuestas abiertas que describen las situaciones de discriminación escolar muestra que, para las personas más expuestas de la muestra, la existencia de una inequidad racial en el acceso a la educación no tiene duda alguna. Por otra parte, el grupo entre 31-50 años se inquieta más por este problema que los mismos jóvenes (18-30 años) que lo sufren o que las personas de más de 50 años. Se observa así una mayor sensibilidad de los adultos encargados de los hogares, quienes en el contexto de la profunda crisis del sistema escolar tienen mayor conciencia de la gravedad del reto que plantea esta situación. Finalmente, a través de las variaciones significativas según el nivel educativo, el lugar de residencia en Cali y el origen geográfico, aparece un gradiente sociocultural en la percepción. Así, las personas con un determinado nivel de estudios universitarios, siendo iguales los demás factores, tienen una frecuencia de declaración muy superior a las que no tienen educación primaria (+64%); de igual manera ocurre con los residentes de los barrios de clases media y alta en relación con los de los barrios pobres (+30%).

El conjunto de estos resultados debe interpretarse evocando al menos tres clases de factores distintos (histórico-culturales, socioeconómicos y residenciales). Como se verá enseguida, cada uno de ellos, considerado separadamente, no permite dar cuenta del conjunto de las diferencias observadas en la percepción de la discriminación, sino que son sus efectos combinados los que ilustran entonces la imbricación de los motivos sociales y raciales de la discriminación. Esto nos pone frente a la complejidad de los retos y de las determinaciones de percepción de la identidad “sociorracial” en Cali.

Podemos primero poner en relación los niveles de percepción del racismo con las condiciones de inserción socioeconómica de unos y otros, y las dificultades que encuentran sus perspectivas y estrategias de ascenso social. Esto concierne tanto a los nativos como a los migrantes. En otros análisis de los datos de la encuesta se mostró que las más fuertes desigualdades de condiciones de vida en Cali afectan a los hogares afrocolombianos de clase media. En estos estratos socioeconómicos los indicadores de hacinamiento en la residencia y el acceso a los servicios y bienes de consumo revelan las mayores disparidades en contra de la población negra y mulata (BRUYNEEL y RAMÍREZ, 1999: 56 a 61). Se llega a una conclusión similar a través de la comparación en los niveles de desempleo y en las estructuras socio-ocupacionales (QUINTÍN, RAMÍREZ y URREA, 2000).

Además, el origen geográfico es un factor importante de diferenciación socioeconómica de las poblaciones negras y mulatas de Cali. En efecto, el contraste es muy fuerte entre las estructuras socio-ocupacionales que se observan entre los migrantes de Buenaventura o del interior del Valle del Cauca, de la Costa Pacífica del Cauca y sus descendientes nacidos en Cali—las cuales son testimonio de una inserción económica satisfactoria—, y las de los originarios de la Costa Pacífica de Nariño y del Departamento del Chocó (migrantes y sus descendientes nacidos en Cali) que demuestran, por el contrario, su fuerte marginalización laboral. En forma de ejemplo, la proporción de mujeres económicamente activas que trabajan como empleadas domésticas son 25 y 12% para los dos primeros orígenes mientras que aumentan al 41 y 37% para los segundos. Igualmente, los hombres activos que ocupan empleos no calificados son solamente el 11% del total en los primeros contra el 19 y el 20% en los segundos.

La hipótesis que podemos avanzar es que las percepciones de las discriminaciones obedecen a lógicas distintas en los dos contextos sociales.

Esquemáticamente podría decirse que los originarios de Buenaventura, en su mayor parte clases medias, reaccionan más frente a la existencia de frenos específicos a la inserción económica y social de la gente negra y mulata, tales como el acceso más difícil a la educación, la discriminación en los enganches o en la promoción laboral, la arbitrariedad policial, etc., que ellos perciben como obstáculos discriminatorios a sus expectativas de ascenso social. Por el contrario, los de la Costa Pacífica de Nariño y del Departamento del Chocó denuncian más moderadamente el origen racial de la exclusión residencial y ocupacional de las que son víctimas, ya que tienen el sentimiento de compartirla, en condición de igualdad de capital económico y social reducido, con las poblaciones blancas y mestizas de los barrios precarios donde todos residen.

Para entender estas diferencias en la percepción de la discriminación racial, es indispensable también pensar en la segregación residencial y la dimensión socioespacial de la discriminación. Hay que volver a los fuertes nexos que existen en Cali entre lugar de residencia, origen migratorio y características fenotípicas de la población. Si bien Cali no se caracteriza por un patrón de segregación sociorracial sistemático o generalizado, la cartografía de los datos del censo y de la encuesta de 1998 muestra una importante desigualdad en la distribución de los lugares de residencia según el origen geográfico (mapa 4.1 y análisis detallado en el cap. tercero y en BARBARY et ál., 1999). Se observa en particular que los migrantes de la Costa Pacífica de Nariño, del Chocó, y sus descendientes nacidos en Cali, tienen una localización residencial muy concentrada en los barrios más pobres en el oriente de la ciudad —el Distrito de Aguablanca y las comunas 6, 7 y 21—, donde se encuentra la mayor proporción de hogares afrocolombianos y personas de fenotipo negro. Como ya se ha dicho, las cifras no atestiguan para nada la existencia de un gueto racial en Cali. Sin embargo, la marginalización económica y social de estos barrios por la pobreza, el desempleo masivo, el menor acceso a la infraestructura de servicios públicos, la delincuencia, etc., es una realidad incuestionable (cap. quinto). Las dos facetas, racial y de clase social, que interactúan una sobre la otra, son el soporte de la estigmatización del Distrito de Aguablanca, al tiempo que juegan un papel en la autorrepresentación de sus habitantes: son la clave de la producción de la alteridad en estas áreas urbanas. Así es como las personas que proceden de la Costa Pacífica de Nariño y del Departamento del Chocó, y que están sobre-

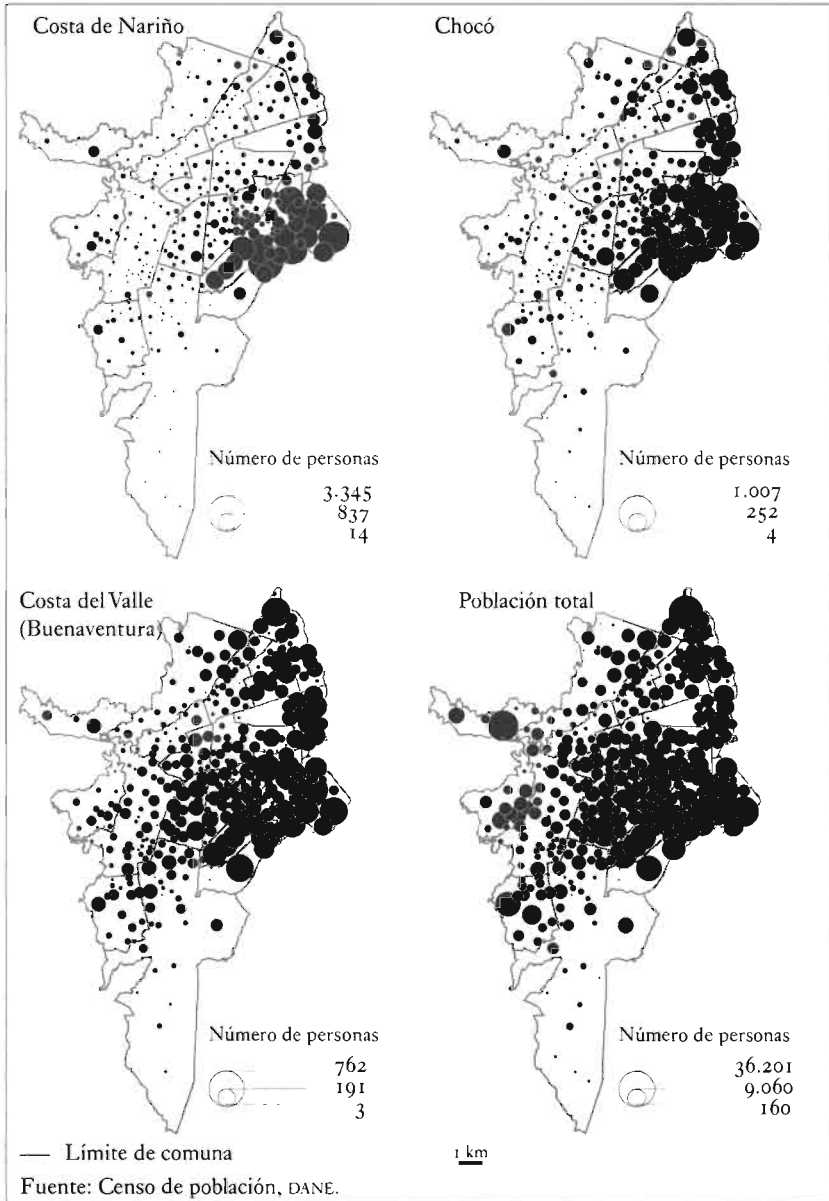
representadas en el Distrito de Aguablanca, perciben la discriminación de una manera más aguda que otras poblaciones negras y mulatas más repartidas en el conjunto de la ciudad, como por ejemplo las que proceden de Buenaventura, de la Costa Pacífica del Cauca o del norte del Cauca.

En Cali como en otros lugares, la afirmación identitaria “negra” se inserta en una serie de dispositivos identitarios variables según el origen regional, la edad, el sexo, la condición socioeconómica, etc., y no se reduce en ningún caso a una identificación estable y única. No obstante, lo hemos visto, el fenotipo –el color de la piel– interviene de manera determinante para explicar la percepción de las discriminaciones y de la exclusión social. A diferencia de otras situaciones que examinamos más adelante (Cartagena y Tumaco), la afirmación de una identidad negra en Cali no reenvía principalmente a pertenencias culturales o territoriales como ha sido previsto en la legislación; refiriéndose sobre todo al color de la piel, ella sirve esencialmente como mediación para situarse en las categorías discriminadas de los mercados urbanos del empleo, la vivienda, y los bienes y servicios. La categoría de “negro” refleja principalmente una posición de subordinado en la sociedad urbana y deviene, por inversión, un elemento de reivindicación ciudadana mediante la integración y no una demanda de reconocimiento de particularismo.

II. CARTAGENA: NEGOCIAR SU IDENTIDAD EN LA CIUDAD

El investigador que trabaja en Cartagena se encuentra en una situación ambigua: sus observaciones le demuestran que entre más se desciende en la escala socioeconómica más negra es la población; entre más urbanidad pierden los barrios, más oscura es la piel de sus habitantes. Pero paradójicamente, resulta difícil expresar esta segregación socioespacial en términos étnicos. Un buen ejemplo de esto se encuentra en los estudios realizados por el Departamento de Trabajo Social de la Universidad de Cartagena. Si bien los elementos de estructuración y de segregación socioeconómica son analizados en detalle, si la concentración de la pobreza, el sub-empleo y la carencia de educación son reconocidos y denunciados, la dimensión racial no se menciona jamás, ni en la caracterización de la población ni en la búsqueda de causalidades. Se hablará de “barrios populares” no de barrios étnicos.

MAPA 4.1
 DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN EN CALI EN 1993 POR SECTOR
 SEGÚN EL LUGAR DE ORIGEN (TAMAÑO MÁXIMO CONSTANTE)



Concepción y realización: O. BARBARY y O. PISSOAT

De hecho, el problema planteado en Cartagena —en particular después de la instauración del multiculturalismo— es el de la identificación y la definición de las “poblaciones negras”. ¿Se es “negro” por atribución externa? ¿Cuáles son los criterios para establecer esa atribución? ¿Apariencia física, definición *a priori* (rasgos culturales, pertenencia a un territorio...), genealogía? ¿Se trata de una autodefinición? Pero entonces, ¿el investigador se arriesga a reproducir las estrategias, conscientes o inconscientes, de instrumentalización u ocultación cuyos mecanismos precisamente se trata de captar? Por otra parte, ¿esa aproximación no contribuye a reducir la problemática identitaria a una simple interacción entre investigador e investigado? Si el rechazo del etnocentrismo impide plantear una definición *a priori* de la pertenencia racial, entonces es necesario dirigir el interés hacia los mecanismos utilizados por los actores mismos para integrar los rasgos raciales en su propia representación o en su aprehensión del otro.

A. CARTAGENA, ¿CIUDAD MESTIZA?

Cartagena es presentada como la tarjeta postal turística de Colombia, como un remanso de paz en un país conocido por la recurrencia de distintas formas de violencia. Designada como patrimonio mundial de la humanidad por la UNESCO desde 1984, la ciudad se identifica con el Caribe —mucho más que con un interior andino juzgado como conflictivo— para valorar su tradición de integración y mezcla. En adelante, muchas referencias a Cartagena mencionan primordialmente el mestizaje, considerado como la primera característica de una ciudad que valora su pluralismo racial y muestra su origen indígena y africano a través de los símbolos de la India Catalina y la palenquera, o que celebra la diversidad racial de las reinas de belleza locales.

De hecho, Cartagena fue la puerta por donde desembarcaron los colonos españoles y los esclavos africanos, pero también los comerciantes sirio-libaneses, los traficantes de todas partes y los piratas europeos. El número de esclavos, incluso si estaba lejos de ser desdeñable, nunca alcanzó las cifras de las regiones vecinas; Cartagena era antes que nada, un lugar de llegada y de tránsito. J. JARAMILLO URIBE (1994) estima que en 1778 los esclavos representaban un 7% de la población de la ciudad de Cartagena, contra un 39% en la

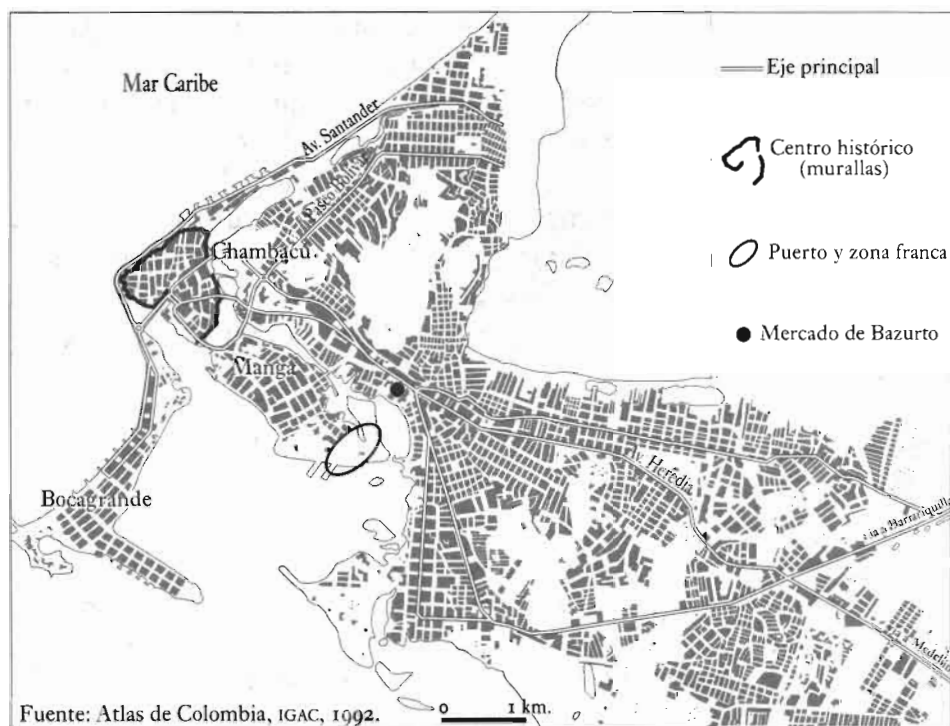
región del Chocó, 19% en Popayán, 18% en Antioquia y 10% en Santa Marta (ibíd., 219 y 220). Considera que en la misma época, la población mestiza constituía el 65% de la población de Cartagena (ibíd., 12). A. MÚNERA, ex director de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Cartagena, concibe el ascenso del mestizaje como el vector esencial del desarrollo de la ciudad y reinterpreta el acontecimiento principal de la historia de Cartagena —el levantamiento independentista del 11 de noviembre de 1811— en términos de una rebelión de los artesanos y pequeños comerciantes mestizos contra la dominación de los criollos de origen europeo (MÚNERA, 1998).

No obstante, esta imagen de “ciudad mestiza”, promovida también por los intelectuales y la prensa, las campañas publicitarias y los mismos residentes, coexiste con una representación bien distinta, mezcla de polarización racial y de paternalismo inferiorizante. En el origen de este segundo discurso sobre Cartagena, se encuentran historiadores pertenecientes a la elite social y política que convierten a los colonos europeos y sus descendientes en los únicos actores de la historia de la ciudad. No solamente recuerdan constantemente su origen europeo, la grandeza de sus proyectos y la nobleza de sus costumbres, sino que reducen las menciones a las poblaciones negras y mestizas a la trata y al estatus de los esclavos, o bien a las rebeliones de los cimarrones o a los esclavos en fuga refugiados en los alrededores de Cartagena (PORRAS TROCONIS, 1965; BOSSA HERAZO, 1967; BUSTAMANTE, 1977). El mestizaje toma entonces la forma de la imposición y la dominación del “blanco”, asimilando así civilización con blanqueamiento (cultural pero no biológico).

Esta doble lectura de la historia de Cartagena revela las ambigüedades propias de su estatus de “ciudad mestiza”. El mestizaje, hoy valorado, tiende a ocultar tras las figuras de lo híbrido, de la fusión y del sincretismo —portadores de cierta modernidad del individuo— la recurrencia de las diferenciaciones raciales y de los antagonismos socioeconómicos. De igual modo, con el pretexto de una presentación no racial de la historia, el discurso de la aristocracia contribuye al mantenimiento de la “línea de color” que preserva al grupo dominante. Pero más allá de esta imagen, la polarización racial está presente en Cartagena. SOLAUN y KRONUS, dos investigadores de la tradición anglosajona de estudios sobre relaciones raciales, caracterizan a la ciudad en su trabajo pionero de 1967, en términos de “discriminación sin violencia”,

dando cuenta de esa mezcla paradójica de discriminación e integración característica de Cartagena.

MAPA 4.2
CIUDAD DE CARTAGENA



En efecto, se puede oponer una realidad más compleja a la imagen idílica de una Cartagena turística, “Perla del Caribe” que vive armoniosamente los mestizajes de su población. Pues la ciudad ha experimentado profundas transformaciones desde los años 1960-1970: ha abandonado el estatus de ciudad provinciana dormida sobre un pasado glorioso, marginada políticamente, para adquirir el de metrópolis regional, con cerca de un millón de habitantes, abierta a América Latina y el Caribe. A la riqueza turística se han sumado las actividades portuarias y petroquímicas; la denuncia de la oposición centro/periferia ha sido reemplazada por un activismo político que moviliza

los temas de la descentralización y del anclaje en el área del Caribe. Entre las características actuales de Cartagena se cuentan: el crecimiento demográfico, la expansión de los barrios marginales, la llegada masiva de desplazados por causa de la violencia, la insuficiencia de infraestructuras urbanas y la reducción de la política de la ciudad en favor de una política turística. En este contexto urbano trastornado, el paternalismo tradicional y la relativa armonía entre las relaciones raciales coexisten con nuevas formas de construcciones identitarias y con fuentes inéditas de conflicto.

B. CHAMBACÚ: ¿GUETO NEGRO?

La importante segregación socioespacial que hoy caracteriza a Cartagena raramente se expresa en términos étnicos o raciales. Chambacú, antiguo barrio de invasión a los pies de las murallas, que son la encarnación de la Cartagena heroica y turística (mapa 4.2), hoy en día es un terreno baldío sobre el que flotan numerosos proyectos de urbanización; pero es el único que con frecuencia se piensa en términos étnico-raciales. El interés en Chambacú consiste, por una parte, en comprender mejor —a través de los relatos— los procesos de etiquetaje o no etiquetaje étnico y, por otra, estudiar las mutuas dinámicas de etnización y de territorialización.

La noción de gueto —y más aun, la de barrio étnico— ha sido objeto de muchas discusiones sobre su asociación “natural” a la etnicidad especialmente en Estados Unidos, donde se ha erigido en paradigma sociológico. Nosotros retenemos un aspecto de esos debates: el de la disolución de la dimensión racial del gueto, que vendría a designar “un espacio urbano de pobreza extendida e intensa, que oculta el fundamento y el carácter racial de esa pobreza” (WACQUANT, 1997: 341)¹⁷. ¿El gueto se define prioritariamente por su dimensión étnico-racial o es el resultado de un proceso de exclusión socioeconómica? ¿Es necesario privilegiar uno u otro de los factores de causalidad, y cómo aislarlos? ¿Debemos postular una definición *a priori* o apoyarnos en una caracterización empírica? ¿Cuál es el papel de los actores —y del investigador— en la definición del “gueto étnico”? ¿Un barrio es étnico debido a la composición de su pobla-

¹⁷ WACQUANT también critica la idea según la cual el gueto es desorganizado, al igual que la tendencia a “exotizar” el gueto.

ción, o esta etnicidad es el doble resultado de un proceso de etiquetaje y de una territorialización particular? En cierta forma, la reflexión sobre el gueto no admite aquí más que territorios e identidades prefabricadas¹⁸. Al contrario, nos interesan los mecanismos de racialización de las relaciones sociales, en los cuales la relación con el espacio no es ni causa ni producto, sino un recurso y una coacción para los actores.

Eso es lo que nos interesa aquí: no establecer la identidad de un espacio haciendo la genealogía de su singularidad, sino analizar las distintas relaciones que existen entre la idea que tienen las personas sobre el espacio y la idea que tienen sobre sí mismas o sobre los otros (MONNET, 2000: 20).

A fines del siglo XIX, Chambacú no era más que una maraña de manglares entre tierra y mar. Se podían encontrar algunas cabañas de madera pertenecientes a los habitantes de Cartagena que vivían intramuros, o que albergaban a los visitantes que no habían podido entrar en el recinto fortificado cuyas puertas se cerraban al anochecer. Posteriormente, Chambacú comenzó a poblarse gracias a la llegada del ferrocarril a principios del siglo XX. Los primeros trabajos de construcción ferroviaria estuvieron acompañados por la migración de mano de obra proveniente de las localidades vecinas, que naturalmente se instaló a los pies de las murallas, entre la ciudad y el pueblo de origen, pero también en el punto de partida de la vía férrea. Simultáneamente, al otro lado de la ciudad, la construcción —entre el mar y las murallas— de la Avenida Santander, desembocó en la destrucción de los barrios Pekín, Pueblo Nuevo y El Boquetillo, de los cuales una parte de la población fue a refugiarse en Chambacú. Ahora bien, esos tres barrios colgados de las murallas eran los barrios de los libres y de los antiguos esclavos, convertidos —después de la abolición de la esclavitud en 1851— en los lugares de residencia de empleadas de casas, jardineros y otros artesanos.

Desde los años 1960, Cartagena sale de un extenso letargo y busca valorar su pasado, presentado en adelante bajo la forma de un patrimonio nacional e internacional explotable desde la perspectiva turística. Entonces, Chambacú no se ajusta a la imagen de una ciudad que se quiere ordenada y desarrollada,

18 “Admitimos que uno de los elementos constitutivos de la noción de segregación es la idea de fronteras espaciales que separan a grupos bien identificados” (BRUN, RHEIN, 1994: 37).

moderna y turística. Es el Instituto de Crédito Territorial (ICT), organismo público encargado de la política de vivienda social, quien se encuentra en el origen de la erradicación de Chambacú a principios de los años 1970.

¿Cómo los diferentes actores y observadores del “episodio Chambacú” presentan y justifican la supresión de este barrio? Los términos usados respecto al tema son reveladores: si unos se refieren a la “erradicación” del barrio asociándola con un proceso violento y no deseado, otros hablan de “relocalización”, presentando así el mismo fenómeno positivamente y con eufemismos. Si esta doble interpretación del proceso de “limpieza” de los barrios de invasión es finalmente bastante clásica en Colombia y otros lugares, nosotros nos interesamos aquí más precisamente en la racialización diferencial de esas presentaciones, entre la prohibición de toda referencia étnico-racial en los discursos oficiales y la postulación de la lógica racial en los textos literarios que se refieren al mismo “episodio”.

Para la actual directora del INURBE (Instituto Nacional de Interés Social y Reforma Urbana, heredero del ICT), la relocalización de los habitantes de Chambacú es interpretada antes que nada en términos de acceso a la urbanidad:

Era un tugurio sin servicios públicos, la electricidad era pirateada, los residentes no pagaban los servicios. La descomposición social era fuerte, uno no podía pasar por ahí. En los nuevos barrios se les han dado casas, verdaderas casas, con todos los servicios, agua, electricidad¹⁹.

Pero al lado de estos discursos en los cuales toda dimensión racial está excluida, Chambacú también es presentado como un símbolo de la historia africana de Cartagena, desde que MANUEL ZAPATA OLIVELLA la celebrara en su libro *Chambacú, corral de negros*. En unas palabras pronunciadas por Máximo, personaje principal de la novela, la situación se presenta así:

La isla crece. Mañana seremos quince mil familias, el “cáncer negro” como nos llaman. Quieren destruirnos, temen que un día crucemos el puente y una ola de chozas inunde

19 Entrevista, 16 de septiembre de 1999.

la ciudad. Es por eso que no hay calles para nosotros, ni alcantarillado, escuelas y aseo; quieren encerrarnos en la miseria. Pero se equivocan. Lucharemos por nuestra dignidad de seres humanos; no nos dejaremos expulsar de Chambacú. Jamás podrán cambiar el rostro negro de Cartagena; su grandeza y su gloria reposan en los huesos de nuestros ancestros (ZAPATA OLIVELLA, 1990: 199).

Más recientemente, Chambacú también fue glorificado por otra artista, considerada igualmente portavoz de la cultura afrocolombiana: la cantante Totó la Momposina, una de las voces más célebres del Caribe colombiano, quien consagra en su último álbum²⁰ dos canciones dedicadas al barrio, hoy convertido en terreno baldío. El barrio representa entonces un episodio central en la historia de Cartagena, la encarnación de la suerte reservada a las poblaciones negras, de su marginalización y su segregación.

Gueto étnico, tugurio socioeconómico: la identificación también es asunto de etiquetaje y remite a la posición y a los intereses de quien la enuncia. Para algunos, Chambacú debía ser eliminado para mejorar las condiciones de vida de sus habitantes; para otros, la destrucción de Chambacú expresa una lógica de segregación racial en una ciudad que busca cuidar su imagen. Para MANUEL ZAPATA OLIVELLA, debido a que Chambacú es un “cáncer negro”, no posee calles ni alcantarillado ni escuelas ni aseo; puesto que la población de Chambacú es negra, por eso no tiene acceso a una urbanidad efectiva. Este razonamiento encuentra su expresión simétrica e inversa en las interpretaciones socioeconómicas: la población de Chambacú no se beneficia de infraestructuras públicas y por esta razón es considerada negra; el acceso a la urbanidad se transforma así en sinónimo de blanqueamiento. En testimonio de esto hay un pasaje en un artículo del “Magazín Dominical” que resume, en forma lapidaria, la destrucción de Chambacú:

Un día se creyó que Dios había hecho un milagro cuando algunos negritos de Chambacú se subieron en uno de esos buses que se bambolean, atravesaron uno de los callejones típicos y llegaron a su destino muy bonitos y casi blancos (*El Espectador*, “Magazín Dominical”, 11 de noviembre de 1973).

20 Totó la Momposina, *Pacantó*, MTM, 1999.

Estas asimilaciones, presentadas como naturales, reposan sobre un doble presupuesto: por una parte, existen territorios e identidades definidos de manera independiente los unos de las otras, por otra, existiría una perfecta correspondencia (objetiva y subjetiva) entre esas identidades y esos territorios. Pero, al contrario, se trata de situarse en el entre-dos, en la interacción entre lo social y lo espacial: los individuos se ennegrecen en su asociación con un barrio; un barrio se “guetiza”²¹ según los residentes que lo habitan. Estos procesos no sólo son dinámicos y relacionales, sino que la adecuación entre lógica espacial y lógica identitaria está lejos de ser simétrica.

C. CIMARRONAJES IDENTITARIOS Y TERRITORIALES

Situarse en el corazón del proceso de identificación socioespacial implica concentrarse no sólo en las identidades y los territorios estudiados en forma independiente y sucesiva, sino en sus interacciones y en los mecanismos de su construcción recíproca. Así pues, tomaremos como punto de partida la situación, que permite –hablando en términos de GOFFMAN– dar cuenta de las relaciones, inestables y múltiples, entre el orden estructural y el orden de las interacciones, estudiar la capacidad de los individuos para evaluar su entorno tanto social como espacial y para definir simultáneamente al otro y su territorio. Al estudiar dos formas de “cimarronaje” contemporáneo, se trata de comprender cómo los mecanismos de gestión social de los aspectos raciales revelan modos diferenciales de producción de normas sociales y de construcción del espacio.

Para nuestra investigación, la ciudad de Cartagena presenta el interés de contar con una minoría, los palenqueros²², que ha entrado directamente en la lógica abierta por el reconocimiento del multiculturalismo (más exactamente, no hay que hablar tanto de palenqueros en general sino de una parte de ellos,

²¹ En el original: *guetoïse* (N. del T.).

²² Habitantes del Palenque de San Basilio, pueblo de cimarrones (esclavos huidos) situado a pocos kilómetros de Cartagena, presentado hoy como “el primer pueblo libre de América” después de un acuerdo de no agresión establecido entre la Corona española y los residentes del Palenque en 1713 (ARRAZOLA, 1970).

culta, en pleno ascenso social, que se postula como su representante). Su cimarronaje, concebido en el sentido histórico original del término, parece una forma de distinción, tanto espacial como identitaria. En el contexto actual, adquiere el carácter de una transformación del estigma racial en una valoración étnica. Al instrumentalizar su pasado de cimarrones, se apropian del mito de Benkos Biohó²³, subrayando su especificidad cultural (lengua, prácticas religiosas, organización social); los palenqueros serían hoy –en Cartagena y en la costa Caribe colombiana– los únicos representantes de esta “etnia negra” a la cual le han sido concedidos nuevos derechos, aunque mínimos. Pero este proceso de construcción de un actor étnico en el nuevo paisaje multicultural, también pasa por la exclusión de quienes no pueden exhibir la nueva identidad negra, es decir, la casi totalidad de los habitantes de Cartagena que no se reconocen en el discurso palenquero.

Los “agentes étnicos” palenqueros se han enfrentado con la experiencia urbana: es de su reencuentro con el otro, y de su aprendizaje de un modo de vida caracterizado por relaciones múltiples y parciales, que nace su afirmación de una especificidad cultural. Pero esta experiencia de pluralismo y fluidez en las identificaciones –propiamente urbana– deja lugar para la construcción de un territorio mítico, el pueblo del Palenque de San Basilio, tierra africana de la región Caribe, suficientemente simbólico para constituir un recurso ideológico movilizable y suficientemente objetivo para legitimar la emergencia de un actor étnico. La referencia a este territorio, a la vez imaginario y real, obra entonces como un recurso movilizable en el proceso de construcción identitaria, y contribuye a la formación de una “identidad étnica” tal como la reivindican los líderes palenqueros de Cartagena.

De cierta manera, es la población de Cartagena en su conjunto quien resulta doblemente discriminada debido al surgimiento de esta nueva barrera étnica: la primera, por su exclusión de la ciudadanía efectiva, y la segunda por su exclusión del derecho a la diferencia. La primera porque es negra, la segunda porque no es suficientemente negra. Es más: la asociación entre el principio democrático de la igualdad con la reciente afirmación del multicult-

23 Rey africano que habría encabezado los levantamientos de esclavos y habría fundado el Palenque de San Basilio.

turalismo, finalmente priva a la mayoría de la población de toda posibilidad de reivindicación identitaria. De allí la paradoja: el semi-éxito del igualitarismo republicano sin duda explica el semi-fracaso de la discriminación positiva tal y como se observa en Cartagena. Pues la obsesión con la diferencia, la instrumentalización del multiculturalismo y la afirmación de la etnicidad también producen la exclusión de quien no puede conjugar la identidad propuesta como ejemplo.

Por su parte, las celebraciones contemporáneas de cabildos actualizan una tradición de cimarronaje menos conocido, y por eso menos violento y menos visible, que no toma la forma de una apropiación comunitaria del espacio urbano ni la de una urbanidad desencarnada. En la época colonial, los cabildos eran espacios reservados para los esclavos que, durante un día, dejaban su trabajo para asumir –de manera invertida– las costumbres de los amos, hacer una fiesta, escuchar su música, bailar con toda libertad o practicar sus cultos religiosos. A mediados de los años 1980, un grupo de habitantes de Getsemaní, antiguo barrio de esclavos y artesanos mulatos, decidió actualizar la tradición de los cabildos y organizó desfiles y espectáculos. Al escoger la fecha del 11 de noviembre para sus celebraciones, el cabildo buscó conferir a las fiestas de noviembre su carácter popular y su autenticidad, perdidos bajo la influencia del Concurso Nacional de Belleza y la imposición de intereses ajenos. Compuesto por unos cuarenta grupos en 1998, el cabildo desfiló a lo largo del Paseo Bolívar –una de las vías de comunicación más importantes de Cartagena– antes de retornar a Getsemaní. Después de rendir homenaje al dios yoruba Oyá, ese año celebró a la Ceiba –árbol a través del cual los orishas se comunicarían con los hombres–, presentada como doble símbolo: de América y de África, por parte de NILDA, reina del cabildo²⁴.

El cabildo dio lugar a un trabajo de compilación de relatos orales de los habitantes del barrio de Getsemaní, y de investigaciones sobre las tradiciones festivas y religiosas de la ciudad. La reapropiación de la historia acompaña un programa de educación, de participación ciudadana y de construcción de

24 Presentación del cabildo de 1998 a la prensa, en el restaurante La Carbonera, 22 de octubre de 1998.

ciudadanía, anclado en el proyecto “Gimaní Cultural”. A mediados de la década de 1980, cuando nacen simultáneamente el cabildo y la Asociación Gimaní, el barrio de Getsemaní estaba devastado y su descenso económico, social e incluso arquitectónico era más visible que en el resto de la ciudad histórica; entonces, el barrio experimenta una rehabilitación y un dinamismo ligados al desarrollo turístico y a la llegada de nuevos habitantes. En el proyecto de la Asociación Gimaní Cultural, el rechazo a la estigmatización y a la decadencia socioeconómica da origen a una verdadera propuesta política de reapropiación de la ciudad. A partir de la organización de eventos “cívico-culturales” se trata de favorecer una participación ciudadana que pase por la recuperación y el desarrollo de “valores cívicos festivos en la ciudad” (FUNDACIÓN GIMANÍ CULTURAL, 1997: 4).

Para NILDA, líder comunal que quiere transformar los desfiles del cabildo en carnaval, la valoración de la herencia africana no se traduce en un repliegue comunitario, encarnado según ella en el ejemplo de los palenqueros, sino que al contrario llama a una ampliación de la participación popular donde la identificación racial adquiere el carácter de la referencia al Caribe:

Los palenqueros quieren conservar su raza pura, no se mezclan [...] Nosotros somos más abiertos. Nuestra ciudad es la esquina de la calle, y la esquina de la calle es el Caribe, con todas sus mezclas [...] Queremos incluir a toda la ciudad, es un espacio de participación. El cabildo es el medio de expresión de un pueblo caribe. Cartagena es la única ciudad donde no hay necesidad de llamarse caribeño para serlo²⁵.

Aquí la ciudad es un escenario para mostrar, y vivir, una identidad múltiple –caribeña– sin exclusión. La relación con quien es diferente no es un caso particular o extraordinario; forma parte de las interacciones cotidianas comunes, es la encarnación misma del problema del lazo democrático (MARTUCELLI, 1999: 447), revela las virtudes propias del ingreso a la urbanidad y la ciudadanía. Puesto que la ciudad obliga a la confrontación y a la coexistencia sobre un mismo territorio, da cuenta de los mecanismos que operan en la identificación de sí mismo y del otro; al mismo tiempo, el manejo cotidiano

25 Entrevista, 7 de enero de 1998.

de la diferencia participa en la producción de espacios urbanos, en un vaivén entre identificación y territorialización.

Toda sistematización del principio de discriminación positiva, que tendería a establecer que un espacio justo es un espacio apropiado, desemboca en la negación de dos fundamentos de la ciudad y la urbanidad: primero, la copresencia y sus consecuencias (las dos formas del derecho de visita –la intrusión y el sentido común–) y segundo, la movilidad (JOSEPH, 1995: 35).

Más que como un fracaso, el débil desarrollo del multiculturalismo en Cartagena puede ser concebido como la consecuencia de la gestación de los procesos de identificación situacionales e interaccionales a través de los cuales los habitantes de Cartagena construyen simultáneamente su derecho a la ciudadanía y su derecho a la diferencia –y a la indiferencia–. Al calificar en situación los transeúntes y su entorno, ellos hacen del control de la interacción “cara a cara” una forma de poner a prueba el lazo democrático a escala microsocia y una etapa hacia la reivindicación ciudadana.

III. TUMACO: CIUDAD EN BUSCA DE SU IDENTIDAD

Signada por la marginalidad, la pobreza, la insalubridad y el analfabetismo, subdesarrollada incluso a la luz de las normas del país, la ciudad de Tumaco es, sin embargo, para los habitantes de esta parte sur del litoral pacífico, la puerta de entrada a la modernidad, el polo de actividad económica, del mercado de trabajo, de oferta de educación y salud que no existen en el medio rural, de intensos intercambios comerciales, de posibilidades de salida o de llegada (migraciones, movioidades). Numerosos habitantes denuncian, implícita o explícitamente, el abandono de la ciudad y de la región por parte de los gobiernos nacional y departamental. Lo interpretan como la marca de una discriminación respecto a una población de mayoría negra que no tendría acceso a los beneficios de la modernización y el crecimiento económico que conoció el país desde hace treinta años, a causa de un racismo no declarado. Tumaco, ciudad negra abandonada por el gobierno nacional, se encontraría “huérfana de poder” (HINESTROZA, 1993) incluso hasta el punto de buscar otros lazos del lado del Ecuador (recurrentes amenazas separatistas desde hace más de un siglo).

La historia de la ciudad y de su desarrollo, en realidad reciente (siglo XIX), nos permitirá comprender mejor quiénes son los actores sociales que se han comprometido en la construcción del espacio urbano. A través de las modalidades de repartición y eventual segregación de espacios residenciales, pero también de espacios públicos y de su uso, podremos evaluar el papel jugado por la dimensión sociorracial en la organización urbana. Finalmente, nos preguntaremos por la renovación identitaria negra de los años 1990 y su relación con la ciudad, impregnada de contradicciones: en efecto, la identidad negra reconocida y fundada –legalmente– sobre la apropiación territorial rural, estaría en cierta forma negada a los urbanos, al tiempo que está ampliamente asumida y difundida por ellos, quienes están más escolarizados e integrados en las redes nacionales e internacionales de los movimientos negros.

A. LOS ACTORES DE LA CONSTRUCCIÓN DEL ESPACIO URBANO

La historia reciente de Tumaco está marcada por desastres y acontecimientos violentos que permanecen en la memoria colectiva: el incendio de 1947, el maremoto de 1979, la gran revuelta popular de 1988 –conocida como “el tumacazo”–, han marcado rupturas en las dinámicas económicas y demográficas de la ciudad y la región.

Originalmente un pequeño pueblo costero sin importancia económica, poblado principalmente por nativos negros y un puñado de comerciantes y funcionarios blancos, Tumaco se afirma como puerto y centro de actividad regional a principios del siglo XX. La exportación de productos forestales (caucho, corozo o “marfil vegetal”) recolectados por los nativos y vendidos por los negociantes, atrae a una población extranjera (especialmente italianos, alemanes, franceses) que edifica la ciudad a su imagen: en la proximidad de los muelles, alrededor de una plaza central flanqueada por la iglesia, el palacio municipal, la aduana y después la notaría, las grandes familias blancas construyen sus viviendas y casas comerciales. Los negros viven en los alrededores y en los intersticios de la ciudad, entre las quintas de los blancos. En los años 1930, las descripciones presentan a Tumaco como la metrópoli del sur, un puerto abierto al extranjero, una ciudad moderna (con vías públicas, electricidad), letrada (con muchos colegios), rica en comercios y casas de negocios, y con

una incipiente actividad manufacturera (fábrica de botones en el barrio de la Taguera) (MERIZALDE, 1921; MINAUDIER, 1992; RESTREPO, 1999a).

La quiebra del modelo de extracción-exportación de productos naturales, en competencia con los derivados del petróleo, debilitó a las elites de comerciantes a partir de los años 1940. El terrible incendio de 1947 que devastó a la ciudad aceleró su ruina. Muchos se replegaron en las localidades del interior y abandonaron definitivamente a Tumaco. Los lugares fuertes que estructuraban la ciudad y simbolizaban los poderes administrativo, político y religioso desaparecieron entre las llamas (catedral, palacio municipal, notaría, tribunal y las residencias alrededor de la plaza Colón). En torno a esa plaza, sólo la catedral fue reconstruida, mientras la Alcaldía fue trasladada a la –hoy– calle principal y las mansiones de las grandes familias fueron reconstruidas sin los lujos de antaño. A pesar de los muchos proyectos²⁶ y salvo algunos barrios reconstruidos, no se realizó ningún programa global de reconstrucción urbana. La ciudad se hunde en el marasmo económico hasta principios de los años 1970, cuando un gran proyecto de industrialización se desarrolla alrededor de las actividades forestales y de transporte marítimo. Pero esta tregua durará poco. Estos dos sectores de actividad –después de emplear una abundante mano de obra urbana– decayeron a fines de los años 1970 debido a razones diversas pero convergentes (modificación de la legislación forestal que restringe la explotación, competencia con los fletes del puerto de Buenaventura, administración inadecuada del puerto, encenagamiento de la bahía de Tumaco). Con ello se frustró la incipiente conformación de un proletariado urbano negro, a pesar de una fuerte movilización popular en 1977 –apoyada por sindicatos y algunos universitarios del interior.

En estos mismos años, el crecimiento urbano es alimentado por las migraciones rurales de proximidad. A pesar de su evidente deterioro, la ciudad permanece como la única ventana abierta a un posible progreso para la mayor parte de una población rural que aspira a un mejor porvenir (salud y educación para los hijos). La ciudad crece sobre sus márgenes cenagosas y arenosas frente al océano. La población urbana, cuyo número se había duplicado entre 1950 y

26 Entre los cuales hubo algunos muy ambiciosos, como el Plan de Reconstrucción Urbana en el que participó LE CORBUSIER y un grupo de expertos nacionales, y al que se debe la urbanización de la isla del Morro (ÁLVAREZ, 1999: 200).

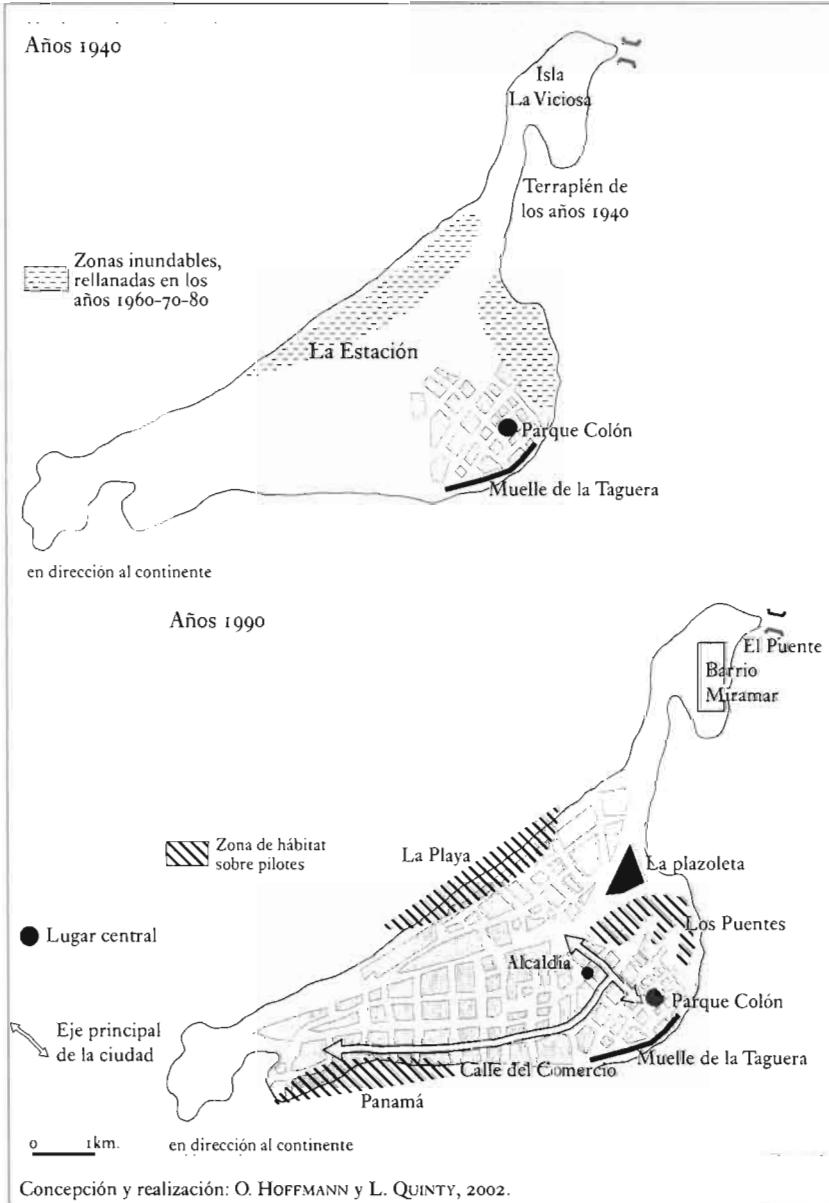
1964, todavía se multiplica por dos entre 1964 y 1985, para alcanzar alrededor de 50.000 habitantes en 1985 y 77.000 en 1998.

A fines de los años 1980, el gobierno comienza a invertir en proyectos de desarrollo regional para el Pacífico. Se afirma el papel de la ciudad como portadora de modernidad y los grandes programas de desarrollo como PLADEICOP (años 1980) y después el Plan Pacífico (años 1990), contemplan aspectos de ordenamiento urbano. En Tumaco, éstos tienen que ver principalmente con redes de saneamiento y electricidad (la interconexión con la red nacional sólo se haría en 1994), las vías (el centro es finalmente pavimentado en 1984), las infraestructuras educativas y sanitarias. Además, dos importantes programas buscan reorientar el crecimiento de la mancha urbana hacia el continente (ÁLVAREZ, 1999).

En medio siglo (1940-1990), Tumaco se convierte en la tercera ciudad del Pacífico después de Buenaventura y Quibdó, una ciudad cuya estructura ha sido profundamente trastornada (mapa 4.3). Las desigualdades socioeconómicas se traducen en el espacio urbano en la proliferación de barrios de invasión construidos en una maraña laberíntica de casas palafíticas, sin instalaciones sanitarias ni redes legales de electricidad, construidas sobre los espacios pantanosos robados al mar; estos lugares son ampliamente estigmatizados por los habitantes del centro de la ciudad, quienes los conciben como focos de inseguridad y delincuencia (RESTREPO, 1999b)²⁷. En cambio, en el extremo norte de la isla se desarrolla un barrio rico –Miramar– alrededor del antiguo barrio del personal directivo de los aserraderos, donde se construyen inmensas viviendas, algunas con un lujo desconcertante, probable producto del tráfico de droga en pleno crecimiento. El centro mismo de la ciudad ha cambiado mucho. La Plaza Colón, símbolo de una hegemonía blanca ahora superada, ha sido abandonada por las elites, o en todo caso, “ex-centrada”. Los centros de actividades –sobre todo comerciales– se han desplazado hacia un tejido urbano cuadrículado por calles bastante grandes y bordeadas de casas habitadas sin distinción por la clase media, blancos –en minoría– y negros. La alcaldía, asediada permanentemente por una multitud de parroquianos, funge como nodo central de la circulación y las movilidades cotidianas.

27 En 1998 (PODM, 1998), se evaluaba en 26% la población urbana que no tenía vivienda propia, y en 6.000 el déficit de viviendas en el área urbana (alrededor de 200 hectáreas de suelo urbanizable).

MAPA 4.3
CENTRO DE TUMACO EN LOS AÑOS 1940 Y 1990



Edición: O. PISSOAT

TABLA 4.3
RESUMEN DE LA CONSTRUCCIÓN DEL ESPACIO URBANO EN TUMACO

Periodos	Fines del siglo XIX a 1949	Años 1950 a 1970	Años 1980	Años 1990	Actual
Acontecimientos distintivos	Maremoto de 1906 Incendio 1947-1949	Maremoto de 1979	"Tumacazo" de 1988	Infraestructuras 1994-1996	Extensión del conflicto armado: guerrilla, paramilitares
Evolución de las estructuras urbanas	Plaza Colón	Barrios de reconstrucción, el centro cuadrulado, primeros barrios lacustres	Invasiones y barrios lacustres. Primer proyecto Ciudadela	Intraestructuras colectivas. Segunda etapa de La Ciudadela	Barrio Miramar, visibilidad de la economía de la droga
Actores del desarrollo urbano	Negociantes blancos y construcción de una ciudad "moderna" para la época	El Estado y los grandes proyectos de modernización económica. El abandono urbano	Inicio de las políticas urbanas	Descentralización, programas de desarrollo regional (Plan Pacífico, PBP)	
Fenómenos de migración	Hegemonía blanca	Salida de los blancos e inmigración rural	Inmigración rural hacia Tumaco y emigración exterior al municipio	Aumento de inmigración paisa	
Población urbana (censos del DANE)		12.700 en 1951* 25.150 en 1964*	44.800 en 1973* 48.600 en 1985*	71.000 en 1993*	76.800 en 1998**
Tasas de urbanización en el municipio		30 % en 1951* 38,3 % en 1964*	51,3 % en 1973* 49,8 % en 1985*	54,6 % en 1993*	52 % en 1998**
Actividades económicas	Extracción, negocio, exportación	Madera, puerto	Años de crisis, primeras culturas de la coca	Administración Palmicultura Cría de camarones	Palmicultura Extensión de las culturas y del tráfico de coca

Fuentes: * Censos del DANE; ** Proyección de la Oficina de Planeación municipal, Plan operativo de desarrollo municipal, Municipio de Tumaco, 1998.

La ciudad de Tumaco ha sido construida sobre y por el mar —por el tráfico marítimo— por una clase de negociantes frecuentemente extranjeros y cosmopolitas quienes importaron un modelo de ciudad conforme a sus necesidades. Los desastres (incendios, maremotos), la ruina de las actividades de extracción y exportación, el fracaso de las tentativas de industrialización ligado al persistente abandono de las autoridades centrales hacia ese fin del mundo, terminaron con las antiguas marcas territoriales que recordaban los orígenes "extranjeros" (blancos) de Tumaco (tabla 4.3). Las recientes dinámicas urbanas han estado

acompañadas por un desplazamiento del centro de gravedad de la ciudad, que se vuelca hacia el continente en detrimento de sus alrededores fluviales y marítimos. El abandono institucional correspondió claramente con la partida de los “grandes blancos” y la suspensión de las inversiones económicas en la región a mitad del siglo xx. Tumaco se volvió “ciudad negra” en la medida en que se empobreció. La degradación urbana ha sido tal, que la población local –negra y mestiza²⁸– se ha rebelado varias veces: durante las huelgas de 1977 para protestar contra el cierre de los aserraderos; durante el “tumacazo” en 1988 o más recientemente, en 1994, con grandes manifestaciones en contra del deplorable estado del sistema de agua potable. En cada uno de estos acontecimientos, las denuncias acerca del “abandono institucional” se relacionaban más o menos explícitamente con la discriminación racial que sufre Tumaco y su población “nativa”. Los párrafos que siguen tratan de comprender cómo se expresa, en el espacio urbano, esta dimensión sociorracial que marca la identidad de Tumaco.

B. SEGREGACIÓN ESPACIAL E INVERSIÓN EN EL ESPACIO

En el Tumaco de hoy, no se puede hablar de segregación racial en el plano residencial, aún si existen prácticas segregativas. En efecto no se ven “barrios negros” ni “colonias” blancas, pero ningún blanco vive en los barrios pobres y pocos negros viven en el barrio “chic” de Miramar. Además, dos procesos convergen para alimentar un sentimiento de profunda discriminación entre los residentes de los barrios populares: la especialización de las actividades económicas, cada una asociada con grupos raciales o de orígenes diferenciados, y la fuerte segregación socioeconómica que, sin corresponder estrictamente con las jerarquías sociorraciales, de todos modos sostiene las barreras entre los grupos.

28 El término “mestizo” no es usado localmente. Aquí se utiliza en referencia a los blancos que permanecieron en el lugar después de las quiebras de los años 1950-1960, y quienes frecuentemente han establecido alianzas con los habitantes “nativos” negros. Ellos se conciben a sí mismos como “tumaqueños”, a veces como “mulatos”, o “blancos” según los contextos.

A pesar de la ausencia de demarcación espacial residencial, los grupos socioétnicos están claramente identificados en la ciudad. Los “no nativos” –eufemismo para los “blancos”–, con frecuencia son denominados bajo el genérico de *paisas*²⁹. Pero pronto aparecen diferencias en función de las actividades desarrolladas por unos u otros. Los “verdaderos paisas”, originarios de Antioquia, tienden a especializarse en el comercio al menudeo (alimentación, ropa, droguerías, venta de materiales, etc.); ocupan el centro comercial de la ciudad, tanto con sus residencias como con sus actividades. Por su parte los descendientes de los negociantes de origen extranjero o del interior del país, pero instalados desde hace mucho tiempo en Tumaco, han preferido invertir en la pesca y el comercio de pescado al mayoreo y al menudeo, en instalaciones ubicadas a lo largo de los muelles. Viven en hermosas casas en el centro urbano. Una tercera categoría la constituyen los pastusos o serranos, originarios de las sierras vecinas, quienes representan a la mayoría del aparato técnico y administrativo-político de la ciudad, sin ocupar un nicho residencial específico. Finalmente, los vallunos (originarios del departamento del Valle del Cauca y de su capital, Cali) han invertido en el sector económico agroindustrial desde los años 1970-1980, sin por eso residir de manera permanente en Tumaco. En conjunto, estos cuatro grupos constituyen a lo sumo un 8% de la población urbana, pero controlan la mayoría de las palancas del desarrollo político y económico de la ciudad (estimación del episcopado, 1998). En contraste con esta ocupación del espacio productivo por parte de la población no-nativa, el mercado y las calles adyacentes están casi completamente dedicados al pequeño comercio local, constituido por puestos precarios atendidos por mujeres de Tumaco o de los alrededores, muchas de ellas provenientes de los ríos. En los barrios periféricos, los comercios (generalmente de alimentos) siguen en manos de la población negra nativa, a pesar de que los paisas han comenzado a invertir cada vez más lejos del centro.

De igual forma, las modalidades de uso cotidiano del espacio difieren según los grupos sociales. En los espacios privados, los tipos de habitat informan fácilmente sobre la clase socioeconómica, como en todas partes, pero también

29 Cfr. la definición de este término en el anexo 4; en Tumaco, la denominación de *paisa* se extiende al conjunto de los inmigrantes blancos del interior del país.

sobre la identidad cultural y el origen rural o urbano de sus habitantes: presencia e importancia del patio trasero, distribución de espacios masculinos y femeninos, abiertos y cerrados (MOSQUERA, 1993; ÁLVAREZ, 1999). Los espacios domésticos, incluso cuando pueden ser vecinos, están claramente diferenciados y son relativamente herméticos, como indica el dicho local: “en casa de paisa, negro fuera”.

Otros espacios privados funcionan o han funcionado separadamente, no tanto a nivel individual o familiar sino como lugares de segregación abierta que alimentan el distanciamiento entre los “colectivos” racialmente diferenciados. Es el caso de los clubes o lugares de ocio y sociabilidad. El primer “salón” (Salón Nariño) estuvo explícitamente cerrado para los negros hasta los años 1940, y consagrado a tertulias y juegos de sociedad entre la llamada gente de bien (“señores bien”). El “club privado” que lo reemplazó (Club Tropical), fundado por un grupo de accionistas, también estaba prohibido para los negros. Los dos lugares estaban situados alrededor de la Plaza Colón y de la Taguera, cuya función simbólica de representación de la elite en la ciudad ya hemos visto. Posteriormente, las discotecas se multiplican pero con clientelas separadas; aún en 1975, en una de ellas se impidió la entrada a un negro que venía acompañado por una mujer blanca. Se averiguó que el cliente en cuestión era WILLINGTON ORTIZ, jugador de fútbol reconocido en el país y el incidente generó escándalo. Actualmente, la elite local se cita en un “club campestre” al que pueden afiliarse los negros “si tienen los recursos suficientes”³⁰.

Los espacios públicos no escapan a esas distinciones y apropiaciones separadas: el puente, que cada fin de semana se transforma en un gigantesco espacio de rumba, es acaparado por negros jóvenes en su parte norte y por los paisas en la parte sur. Estos últimos dicen que el extremo norte es “más peligroso” porque allí hay “muchos negros”. La playa del Morro, sitio de esparcimiento para la juventud local durante la semana, se convierte en dominio exclusivo de familias de turistas paisas y pastusos durante las vacaciones escolares. Un mismo espacio adquiere “cualidades” y sentidos diferentes en el tiempo. Los habitantes-usuarios poseen la competencia social para descifrar los códigos asociados (CUNIN, 2001) y cada uno conoce muy bien los lugares y las horas

30 Entrevista a un comerciante paisa de Tumaco, abril de 2000.

en que tal o cual lugar será “suyo”. Así, la discriminación no se inscribe en el espacio construido sino en el espacio practicado, en el uso que los diferentes actores individuales y colectivos hacen de él.

A pesar de esas micro-segregaciones y estrategias de evitación mutua, la coexistencia en Tumaco está constituida por una “convivencia distante”, al menos durante el día y en los espacios públicos. Los comportamientos espaciales traducen las expectativas de unos y otros en cuanto al lugar que aspiran a ocupar en la ciudad. Cuando los blancos tenían un “proyecto de vida” en la ciudad, en la primera mitad del siglo xx, intervenían directamente en su organización política y material. Los primeros colonos y sus descendientes, la mayoría de ellos negociantes, habían invertido en la construcción de la ciudad: lugares simbólicos, segregación residencial, espacios privados separados. Ahora pareciera como si los blancos, al conservar y mantener su dominación económica y política, no invirtieran más en el espacio urbano desde el plano simbólico y se limitaran a usar los elementos necesarios para su reproducción y expansión económica. En este sentido se puede observar una distinción entre los blancos instalados hace muchas generaciones, algunos empobrecidos y muy frecuentemente mestizos, y los recién llegados que no hacen más que explotar los recursos locales sin invertir social ni simbólicamente en lo local, sin proyectarse en un futuro anclado en la ciudad. Esto explicaría la aparente ausencia de segregación residencial y le daría otro matiz: lejos de significar una ausencia de discriminación y racismo, constituiría al contrario su más acabada manifestación. A los ojos de los paisas, el espacio local, y por extensión la sociedad local, no serían incluso dignos de interés excepto en el plano económico. A pesar de vivir en Tumaco, su espacio de referencia es otro y continúa siendo “el interior” del país, de donde vienen: es allá donde invierten en objetos y prácticas de ostentación, donde sostienen sus redes de alianza, donde entran en una competencia social entre “pares”. La ciudad de origen representa “una base”, “la seguridad”, “el porvenir de los hijos” (hermanos paisas que llegaron entre 1985 y 1990). Antes, “cuando se tenía éxito, uno se iba a vivir a Cali y desde allí administraba”. Ahora, debido a la crisis, resulta muy difícil invertir en Cali y “uno se queda aquí” más tiempo que antes³¹.

31 Entrevista a un comerciante paisa de Tumaco, abril de 2000.

Lo que comienza a verse en el espacio urbano, en las suntuosas inversiones en el nuevo barrio Miramar, confirma nuestra hipótesis.

La ciudad es un espacio de producción y reproducción sociales para los habitantes nativos (sean negros, mestizos o blancos), mientras que para las nuevas elites (blancas) existe una disociación entre el lugar de acumulación económica y el de inversión social. No se evidencia en Tumaco fenómenos de fronteras o de exclusión socio-espacial porque la competencia se juega en otra parte, a otra escala. Esto explica por que no hallamos aquí una expresión de “lucha de lugares”³² como ocurre en numerosas ciudades americanas donde cada grupo social está asociado con barrios o espacios precisos. En Tumaco, la fijación de la posición de poder/subordinación en la sociedad local no pasa por una demarcación espacial residencial, sino más bien por las formas de uso del espacio.

C. EL DEBATE POLÍTICO: LA DIMENSIÓN ÉTNICO-RACIAL EN LA CIUDAD Y EN EL MEDIO RURAL

Las manifestaciones colectivas urbanas de los años 1980, en protesta contra el abandono y la degradación de la ciudad, pusieron de relieve el tema del respeto hacia una identidad local, tumaqueña, que se oponía a las imposiciones provenientes del “centro”, alternativamente llamado pastuso, andino o serrano (HOFFMANN, 1996b). El paso de la “identidad local” a la “identidad negra” es más tardío y se da en los años 1990, directamente ligado a la evolución de los discursos globales que reconocen una especificidad de las “comunidades negras”. Con la emergencia de un discurso identitario que se apoya en la Constitución de 1991 y la Ley 70 de 1993, la etnicidad negra se define por la pertenencia a un territorio y a un grupo caracterizado por su arraigo espacial, y por el respeto hacia las prácticas tradicionales, elementos que en su conjunto justifican hoy la propiedad (colectiva en ese caso). Elaborado en respuesta a preocupaciones urgentes y fundamentales –garantizar la seguridad territorial de las comunidades rurales–, este discurso encierra la etnicidad negra en su ex-

32 La expresión es de RAÚL VILLA, en un trabajo sobre Los Angeles (MONNET, 2001).

clusiva dimensión rural y territorial. Desde ese momento, se vuelve inaccesible para los urbanos, quienes sin embargo componen la mayoría de la población negra colombiana y la mitad de la población del municipio de Tumaco. Sin territorio ni “ancestralidad” comprobada, ellos no pueden prevalerse de una etnicidad negra tal como se construye en las esferas políticas, académicas y no gubernamentales que privilegian los procesos ligados a la Ley 70.

Es preciso recordar al respecto que incluso antes de la Ley 70, los ciudadanos habían desarrollado un discurso étnico, sin darle siempre ese nombre, especialmente en torno a reivindicaciones y prácticas culturales específicas (danza, teatro, música). Particularmente activo en Tumaco (ARISTIZABAL, 1998; AGIER, 2001), el “sector cultural” negro intervino masivamente en la movilización identitaria de los años 1990. Con lazos rurales frecuentemente cercanos en sus genealogías familiares, algunos de esos ciudadanos asumen la pesada tarea de difundir y explicar las nuevas disposiciones legislativas a un mundo rural todavía muy marginado. Son capaces de comprender el nuevo lenguaje jurídico y traducirlo en recursos tangibles para los campesinos (el acceso al territorio), como también pueden discutir y negociar con las autoridades oficiales. Se transforman así en mediadores indispensables en tanto dirigentes o asesores de las organizaciones campesinas o étnico-territoriales que se multiplicaron a partir de 1993.

Con la intensificación de la movilización en toda la región, esos “intermediarios étnicos” ocupan un lugar cada vez más importante en las escenas local y regional. Y con la complejidad administrativa que implica cierta especialización, se han convertido en verdaderos profesionales étnicos que dependen de su oficio de mediador para su supervivencia económica, social y política. Este sector urbano crece día a día y aspira a tener peso en las orientaciones globales respecto a la sociedad de la cual surgió. En otras palabras, los intermediarios étnicos se transforman en interlocutores políticos y reivindican a ese título un derecho de palabra que concierne a “los asuntos de la ciudadanía”, incluyendo evidentemente los de la ciudad. Si la etnicidad “legal” se construye en referencia al campo y al territorio, único lugar donde —como dijimos antes— “el modelo étnico” funciona, la etnicidad “política” involucra y legitima a actores sociales y políticos estrictamente urbanos. La recomposición del paisaje político urbano se realiza a partir de un reconocimiento étnico adquirido en el

medio rural. El anclaje rural condiciona de alguna forma la acción política en la ciudad. La ciudad suscita así la mitificación de un mundo rural considerado como fuente de identidad étnica, acompañada por una sobrevaloración de la tradición y las “costumbres rurales” que los urbanos redescubren y codifican según sus necesidades. Encontramos de nuevo aquí procesos comunes a otras situaciones analizadas antes a propósito del Palenque de San Basilio en Cartagena. A falta de territorio, la memoria del territorio proporciona la base identitaria indispensable para los individuos y los grupos que reivindican la etnicidad negra en sus actividades públicas y políticas. Los orígenes rurales, al proveer de algún modo un acceso simbólico al territorio, serían las únicas garantías de “ancestralidad”, que condiciona la identidad étnica legítima. Y aquella puede entonces valorizarse en la plaza política urbana (partidos, asociaciones, etc.).

Estos arreglos y ajustes políticos no deben interpretarse en términos de instrumentalización obvia ni reducirse a manipulaciones corto-plazistas. En efecto, la introducción de la problemática étnica tiene repercusiones políticas más amplias en la medida en que obliga a los aparatos administrativos y políticos a revisar sus programas, discursos y formas de reclutamiento para integrar esta nueva dimensión. La reapropiación de la ciudad por los nativos, de la cual ya hemos visto los componentes demográficos y culturales, pasa también, ahora, por la presencia política y la construcción de una “legitimidad negra” que se opone a los “otros” (blancos, pastusos, vallunos, serranos, paisas). La problemática étnica negra se traslada así desde lo rural hacia la ciudad, sin que este traslado conlleve una reconstrucción de los discursos. Éstos se elaboran en el “dolor existencial” (“el dolor de ser negro”, GRUESO et ál., 2001) experimentado por numerosos individuos que “buscan su lugar” por fuera de los esquemas reductores de etnicidad legalmente instituidos. Frente a la dificultad de vivir una etnicidad negra encerrada en su dimensión rural y territorial, ellos buscan del lado de la dimensión racial y política lo que sería la “especificidad” de las poblaciones negras: el hecho de ser de color negro (fenotipo) y por eso expuesto a la discriminación cotidiana e institucional, y el hecho de pertenecer a un colectivo históricamente marginado por las autoridades gubernamentales en todos sus niveles. La definición de “ser negro” sacaría entonces a flote la alteridad basada en la subordinación o la rebelión,

en la relación desigual con el otro y con la sociedad, y no en una identidad fundadora propia de una “cultura afrocolombiana” inmanente.

Los nuevos desafíos identitarios, para los negros, son claramente urbanos³³. ¿Pero habrían dejado de serlo alguna vez? A propósito de los esclavos cimarrones rebeldes del valle del Patía en el siglo XVIII, ZULUAGA concluye: “se podría decir que el ímpetu libertario de la población de color siempre está asociado a la constitución de nuevos barrios urbanos o semiurbanos” (1994, 251). Y la ciudad siempre ha constituido el refugio por excelencia para los negros que, a falta de territorios estables y reconocidos, sabían construir ‘lugares’ íntimos, aunque fueran efímeros como esas tabernas o esas esquinas de las calles usadas algunas noches por negros en la Lima del siglo XVIII: “un lugar donde se es conocido y reconocido, sitio protegido, lugar donde se cumplen los intercambios y las obligaciones recíprocas” (CUCHE, 1981: 110). La reivindicación del territorio rural era sin duda indispensable para el reconocimiento de los negros como grupo étnico por parte de la sociedad nacional. Son muchos los militantes de la causa negra que buscan ahora en la ciudad nuevas formas de territorialidad, de legitimidad y de ciudadanía.

IV. CONCLUSIÓN: PARADOJAS, DIVERSIDAD Y CONSTANTES DE LA IDENTIDAD “NEGRA” EN LA CIUDAD

A primera vista, un elemento bastante paradójico se destaca en la comparación entre las conclusiones alcanzadas en los tres contextos urbanos. En Cali, los datos estadísticos recalcan la coherencia que existe entre la autodeclaración del color de la piel y la caracterización fenotípica asignada por el encuestador; se deduce de ahí que la afirmación de la identidad individual se realiza en estrecha relación con las categorías raciales de uso común, delimitando de hecho a los “grupos” sociorraciales con fronteras visibles. En Cartagena, el análisis antropológico subraya por el contrario un manejo situacional, fluido y múltiple de las categorías raciales, combinando las determinaciones de orden

33 Recordemos que en el año 2000 se estimaba en 68% la tasa de urbanización de la población negra, valor muy ligeramente inferior a la media nacional que es de 71% (URREA et ál., 2002).

estructural con aquellas surgidas de interacciones individuales, incluso con la primacía de estas últimas. Sin comprometerse en ese terreno, el análisis de Tumaco privilegia otra escala, la de la ciudad en su conjunto como lugar pertinente de construcción y negociación identitaria. Se podrían interpretar estas diferencias como resultantes directas de los supuestos metodológicos de cada investigador, encontrando cada uno de hecho lo que quería buscar³⁴. Pero el cruce de perspectivas al que nos sometimos impide este tipo de generalización apresurada y obliga a considerar la diversidad de mecanismos en juego. Respecto a los resultados enunciados, hay que admitir que coexisten las atribuciones exteriores aparentemente insuperables –el color de la piel– y las negociaciones identitarias contextualizadas, bajo el dominio potencial de los actores mismos. La identidad racial impuesta (del fenotipo “negro”) y la afirmación identitaria étnica, racial o social negociada se combinan en diferentes escalas sociales, espaciales o temporales y en grados variables según los casos, dejando a los actores el cuidado de “componer”, en los dos sentidos del término –como se compone un cuadro o como se compone con la adversidad–, las diferentes opciones en función de las presiones coyunturales o estructurales experimentadas (o percibidos por el investigador en el momento de la observación). Nos parece que más allá de su diferente naturaleza, la yuxtaposición de resultados contradictorios permite rebasar los contextos específicos de las tres ciudades y las divergencias disciplinarias o metodológicas, para proponer algunas claves de lectura de la diversidad de las identidades “negras” y de su dinámica reciente en Colombia, y tal vez en otros lugares.

34 Remitir los diferentes resultados sólo a las aproximaciones metodológicas adoptadas (estadística, antropológica o histórico-geográfica) no haría más que soslayar el problema. En efecto, existe la tendencia a decir que, mientras la estadística identifica y jerarquiza determinaciones colectivas por naturaleza, la antropología se enfoca en los actores individuales obrando en la irreductible variedad de situaciones y contextos sociales. Sin embargo, a la inversa, vemos que la estadística se funda sobre datos estrictamente personalizados y muy frecuentemente descontextualizados (o en el contexto muy específico de la encuesta), mientras la antropología estudia las relaciones, los lazos sociales, las colectividades más o menos formalizadas en sus relaciones recíprocas. Los dos argumentos son válidos, y se observa cuán vano sería tratar de paralizar las dos aproximaciones en una oposición irreductible.

A. IDENTIDADES Y TERRITORIOS:
LAS ESCALAS DE LA RELACIÓN

Cada uno a su manera, los trabajos realizados en Cali, Cartagena y Tumaco han interrogado la noción de “territorio étnico”. Este es resultado de un proceso de atribución identitaria (estigmatización del otro) y territorial (inscripción en límites reificados) que no necesariamente se corresponden uno a otro; pero resulta también de un proceso —esta vez interno al grupo— de afirmación de una diferencia y de apropiación de una porción del espacio. Al estudiar la diáspora antillana en Gran Bretaña, C. CHIVALLON (1995, 1997) cuestiona las múltiples significaciones del espacio de un grupo migrante a otro. Según ella, los antillanos parecen caracterizarse por poseer una identidad móvil y cambiante, que escaparía a lo sedentario y a la fijación territorial. Uno puede preguntarse si esas observaciones no se aplican a toda diáspora, a la diáspora negra americana en todo caso (cfr. los trabajos de P. GILROY [1993] sobre el *Black Atlantic*). De hecho, los trabajos desarrollados en Cali, Cartagena y Tumaco ponen en evidencia la fluidez y la variabilidad de los lazos territoriales, reveladoras a su vez de identidades en relación y en devenir. Al mismo tiempo, la referencia a un territorio-raíz, más imaginario que vivido, no está ausente entre las poblaciones negras urbanas que, al igual que la diáspora, construye territorios míticos (como lo demuestra, por ejemplo, la recurrencia de discursos al modo de los del rastafarismo o de los afrocentrismos). Esta territorialización subjetiva, movilizadora como fundamento de la diferencia identitaria, se encarna en una relación de oposición y de complementariedad rural/urbano, tanto en el caso del Palenque de San Basilio en Cartagena como en el de los territorios de las comunidades negras en Tumaco. En los dos casos, el territorio de referencia es suficientemente objetivo para movilizar y agrupar, y suficientemente imaginario para no paralizar ni forzar.

Con notables excepciones (el barrio de Chambacú en Cartagena o los barrios precarios de Tumaco), los análisis revelan la ausencia de relación sistemática y durable entre espacios urbanos e identidades sociorraciales. Sin embargo eso no implica, lo hemos visto, una “indiferencia” sociorracial del medio urbano. Las redes de afinidad, que en la ciudad substituyen a las sociabilidades “orgánicas” preñadas del medio rural, integran la dimensión

sociorracial al mismo tiempo que a otros factores de identificación (parentesco, clase social, etc.). Tanto para los migrantes como para los nativos urbanos, a pesar de su movilidad residencial y de trabajo (caps. segundo y tercero), la ciudad se estructura en espacios significantes en el plano étnico. Pero más que los espacios, las prácticas urbanas (circuitos utilizados, frecuentación de algunos lugares en ciertos momentos, apropiación diferenciada de espacios públicos) informan sobre las pertenencias sociorraciales de los actores. La relación con el territorio nunca es neutra y se refiere a las identificaciones asumidas o impuestas, pero según formas que no tienen nada de regular ni permanente, ni en el tiempo ni en el espacio. Las temporalidades varían, lo hemos visto, desde la velada nocturna o el acontecimiento (el tiempo de la rumba, del carnaval) hasta la instalación duradera (el barrio de la ciudad) o incluso, aunque sea en el registro mítico, hasta la “ancestralidad” (el territorio original). La diversidad de escalas espaciales ligada a la temporalidad también se ha puesto en evidencia. En Tumaco, la identificación étnica alcanza su sentido a escala de toda la ciudad, que aparece como la entidad donde se juega la relación con el otro, donde se elabora una nueva “etnicidad negra”. En cambio, en Cali, no es a nivel de la ciudad sino del barrio o del Distrito donde se articulan las dimensiones sociorraciales, étnicas y ciudadanas, donde se dejan ver las identificaciones sociales marcadas en el territorio urbano. En Cartagena, las identificaciones étnicas se manejan primero en espacios aparentemente compartidos pero que adquieren, gracias a las prácticas y a las significaciones que les otorgan sus habitantes, un sentido social que es necesario descifrar antes de interpretarlo en simples términos de segregación o de mezcla. Se observa entonces cómo la relación identidad-territorio, lejos de desaparecer en el medio urbano, se expresa en escalas y bajo modalidades diversas, invalidando así algunos estereotipos existentes en materia de segregación urbana o al contrario, de convivencia ciudadana. Estas conclusiones responden en parte a las preguntas planteadas en la introducción: la ciudad produce la etnicidad desde el momento en que las condiciones de vida imponen o suscitan agrupamientos interpretados por los actores en términos étnicos: los “barrios negros” de Cali y los palenqueros de Cartagena son los ejemplos más impactantes. A la inversa, la etnicidad reafirmada produce a la ciudad mediante prácticas culturales (la rumba en Tumaco o Cali, el cabildo

en Cartagena) o políticas (las instituciones urbanas especializadas en Cali, el cabildo igualmente en Cartagena) que ella instaura o legitima. La imagen de la ciudad se encuentra modificada, y con ella la concepción del “vivir juntos” entre individuos y grupos que reivindican identificaciones diferentes.

B. IDENTIDADES Y CIUDADANÍA: EXCLUSIÓN-INCLUSIÓN

De las diferentes interpretaciones sobre los procesos de afirmación identitaria que conciernen a la población afrocolombiana –en primer lugar, el modelo propuesto por la Ley 70 en la región del Pacífico; los tres contextos urbanos después– emerge un eje que estructura las variaciones de la identidad “negra” a lo largo de una oposición entre dos definiciones aparentemente irreconciliables. Por una parte, el principio étnico-territorial promovido por la Constitución, cuyo arquetipo es la “comunidad negra” rural (comunidades del Pacífico, Palenque de San Basilio), postula que el lazo ancestral con un territorio precisamente delimitado es el único criterio de inclusión o exclusión. En el otro extremo, aparecen en el medio urbano, fuera del marco jurídico precedente, diferentes formas de afirmación de una identidad afrocolombiana que combinan los registros de afiliaciones sociales, culturales y políticas con un punto de partida común: la percepción de un componente propiamente racial de la segregación residencial (marcación racial y estigmatización de los barrios con alta concentración de población negra) y de la exclusión socioeconómica (discriminación en el acceso al trabajo, a la educación, etc., desigualdad en las condiciones de vida). La atribución de una “etiqueta étnica” a ciertos espacios, no solamente urbanos y tanto desde el interior (denuncia del gueto) como desde el exterior (estigmatización de barrios y pueblos de negros), es a la vez el motor y el resultado de una racialización de las relaciones sociales que no es reciente y ciertamente no fue producida principalmente –como afirman algunos analistas– por la institución oficial y jurídica del multiculturalismo. Se encuentran ejemplos tanto en Cali, en el Distrito de Aguablanca, como en Cartagena, con el episodio de la erradicación de Chambacú y, en menor medida, la imagen racial de Getsemaní, o incluso en Tumaco y en la región Pacífica, con un déficit histórico de integración económica, política y cultural.

El hecho de que este fenómeno sea común en las tres ciudades, y en otros contextos de Colombia y de otros países, no debe ocultar su diversidad ni

su dinámica: hoy en día, la diferenciación y la identificación étnicas pasan, según los espacios considerados y en el seno mismo de sus poblaciones, por modos operatorios diferentes que, lejos de ser estáticos se encuentran en rápida evolución.

Así, en Cali las percepciones de la alteridad y de la discriminación hacia la población negra varían según las clases sociales. Bastante ligadas a la fuerte segregación residencial de los estratos más pobres, son interpretadas entonces como una verdadera exclusión territorial sobre una base racial. Al contrario, no están asociadas al espacio residencial en el caso de la clase media negra y mulata, más sensible a las discriminaciones en el mercado de trabajo, en el sistema escolar y en los espacios urbanos de circulación y de consumo. Que esos desafíos sociales no hayan logrado expresarse en el plano electoral —el fracaso de los candidatos apoyados por el Proceso de Comunidades Negras en las últimas elecciones locales de Cali y en el departamento dan fe de ello— no impide su traducción política mediante el movimiento asociativo de los barrios y en el seno de las Juntas Administradoras Locales (JAL), en términos de la definición de prioridades de acción social y de repartición del gasto público por ejemplo.

En Cartagena, las dimensiones residencial y socioeconómica de la discriminación racial parecen estar relativamente ocultas por la pregnancia real del mestizaje, pero también y sobre todo por su papel de paradigma fundador de la identidad cultural y de la imagen turística de la ciudad (se podría analizar en los mismos términos la imagen de armonía multi-racial que Cali promueve cuando se declara a sí misma como ciudad festiva, capital de la salsa). Pero las iniciativas que favorecen el reconocimiento y la valoración de los aportes históricos y contemporáneos afrocolombianos al crisol cultural de la ciudad caribeña (palenqueros, cabildo), más allá de las opciones identitarias más o menos radicales —incluso excluyentes— que las caracterizan, conllevan a la subversión del orden racial implícitamente asociado con el modelo de “mestizaje” que combina integración y discriminación, promovido por la clase dominante blanca. ¿Hasta cuando este cuestionamiento permanecerá limitado al campo cultural?

Por último, Tumaco es sin duda el ejemplo más significativo de las contradicciones y de las perspectivas abiertas por la “vía multiculturalista” en la

cual se empeña el país. La introducción de la problemática étnica, más que en los otros dos contextos y debido a la proximidad de un territorio rural directamente comprometido por la Ley 70, participa de una lógica de discriminación positiva que beneficia a amplios sectores de población negra, aunque no a su componente urbano. Por otra parte, la historia de la ciudad muestra cómo la identidad local tumaqueña contemporánea integra a la mayoría negra de la población paralelamente a un proceso de pauperización y marginalización socioeconómica y política duradera; de ahí que el sentimiento de exclusión se vuelva constitutivo de las identidades “negras” regionales tanto rurales como urbanas.

La visión en perspectiva de los tres contextos conduce a una última conclusión, esta vez de alcance más general. Si es un hecho que la existencia –probada o percibida– de una dimensión racial irreductible en la segmentación residencial, económica, social y cultural de la ciudad es el soporte para construcciones de identidades individuales y colectivas “racializadas”, estas últimas no son por eso, en la mayoría de los casos, la expresión de una crispación étnica, de un repliegue sobre una comunidad excluyente. En la relación múltiple y compleja con la ciudad que determina las percepciones de alteridad (aspiración a un acceso a los bienes, servicios y mercados urbanos, prácticas de uso residencial, económico y social de la ciudad, posicionamiento frente a las prácticas sociales y espaciales del otro, etc.), la afirmación de una identidad afrocolombiana participa, al contrario, en una reivindicación de ciudadanía durante mucho tiempo negada o devaluada por tratarse precisamente de una identidad diferente, pero nunca expuesta. En todo caso, no vemos, en ese proceso, contradicción entre el principio de ciudadanía universal y la reafirmación de un particularismo étnico; al contrario, observamos una tensión creadora, en el sentido de que esta nueva visión nos obliga a renovar nuestro modo de comprender el mundo. La ciudad es, en este respecto, un “laboratorio” revelador; si seguimos a I. JOSEPH: “Es en el corazón mismo de la tensión entre proximidad espacial y distancia social y étnica que ella (la ciudad) hace trabajar el lugar común. Las ciudades no son ni dispositivos de asimilación ni operadores de integración. Al contrario, producen la disimilitud, la segregación y la exclusión. Simplemente, por la visibilidad que imponen a esos procesos de distanciamiento y por el hecho de exponer los umbrales que fabrican, ellas dramatizan los problemas

de la igualdad en el acceso, de la pertenencia comunitaria y de la ciudadanía: las ciudades pasan esas nociones por el tamiz de la crítica pública, multiplican a los mediadores y a las mediaciones” (JOSEPH, 1994: 7).

Hoy en día, desde el punto de vista de los líderes del movimiento negro, el combate por el reconocimiento étnico se juega en la ciudad, es decir, allí donde no hay relación evidente entre identidad y territorio, allí donde cada uno se define por sus propias prácticas, sin definición exógena estable ni “comunidad” instituida por el Estado o las legislaciones (como el INCORA o la Ley 70 en el medio rural). Para los responsables encargados de concebir políticas públicas, la ciudad obliga a imaginar nuevos modos de gestión de la diferencia, reivindicados bajo el ángulo de una competencia más igualitaria en torno al espacio urbano y sus recursos (empleo, vivienda, entretenimiento, servicios). Tanto los actores sociales como las instituciones buscan desde ahora una nueva definición del ser-en-la-ciudad, donde el reconocimiento de la etnicidad y de la dimensión racial se combinaría con las reivindicaciones ciudadanas más globales y compartidas por el conjunto de la población (demanda de mayor participación política, exigencia de respeto, dignidad, etc.).

BIBLIOGRAFÍA³⁵

- AGIER, M. *L'invention de la ville*, Paris, Archives Contemporaines, 1999.
- BARTH, F. “Les groupes ethniques et leurs frontières”, en *Théories de l'ethnicité*, Poutignat Ph., Streiff-Fenart, Paris, PUF, 1995.
- BRUN, J. y C. RHEIN (dirs.), *La ségrégation dans la ville*, Paris, L'Harmattan, 1994.
- CHAPOULIE, J.-M. *La tradition sociologique de Chicago: 1862-1961*, Paris, Le Seuil, 2001.
- CHIVALLON, C. “Les espaces de la diaspora antillaise au Royaume-Uni. Limites des concepts socio-anthropologiques”, *Les Annales de la Recherche Urbaine*, n.º 68-69, 1995.

35 No figuran aquí las referencias bibliográficas que tratan específicamente sobre Colombia: éstas se encuentran en la bibliografía general ubicada al final de la obra.

- CHIVALLON, C. "Du territoire au réseau: comment penser l'identité antillaise", *Cahiers d'Etudes Africaines*, XXXVLL (4), n.º 148, 1997.
- CUCHE, D. *Pérou Nègre*, Paris, L'Harmattan, 1981.
- GILROY, P. *The Black Atlantic. Modernity and Double Consciousness*, London, Verso, 1993.
- HANNERZ, U. *Explorer la ville. Eléments d'anthropologie urbaine*, Paris, Les Éditions de Minuit, 1980.
- JOSEPH, I. "Le droit à la ville, la ville à l'oeuvre. Deux paradigmes de la recherche", *Les annales de la recherche urbaine*, n.º 64, 1994.
- JOSEPH, I. "Reprendre la rue", en *Colloque de Cerisy (textes réunis par I. Joseph)*, *Espace public et culture dramaturgique*, Paris, Editions Recherches-Plan Urbain, 1995.
- LESTAGE, F. "La 'adaptación' del migrante, un compromiso entre varias representaciones de sí mismo", *Scripta Nova*, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales, Universidad de Barcelona, n.º 94 (16), 1.º de agosto de 2001.
- MARTUCELLI, D. *Sociologies de la modernité*, Paris, Folio Essais, 1999.
- MITCHELL, J. C. "The situational perspective", en *Cities, Society and Social Perception. A Central African Perspective*, Oxford, Clarendon Press, 1987.
- MONNET, J. "La ville comme OSSI (Objet Socio-Spatial Identifiable). Les catégories de l'expérience et de la connaissance de l'espace urbain", en G. CAPRON y J. MONNET (eds.). *L'urbanité dans les Amériques. Les processus d'identification socio-spatiale*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, Villes et Territoires, n.º 14, 2000.
- MONNET, J. "Las escalas de la representación y el manejo del territorio", en B. NATES CRUZ (comp.). *Territorio y Cultura, del campo a la ciudad. Últimas tendencias en teoría y método*, Abya-Yala, Universidad de Caldas y Alianza Colombo-Francesa, 2001.
- PARK, R. E. *Race and Culture, The Collected Papers of Robert Ezra Park*, vol. 1, Glencoe, Illinois, The Free Press, 1950.
- WACQUANT, L. "Three pernicious premises in the study of the American gueto", *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 21, n.º 2, junio, 1997.